

Alfons Cama i Saballs

**EL CAMINO DE
LOS CEREZOS**

© 2013 del texto: Alfons Cama i Saballs

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-616-2845-2

Depósito legal: T-302-2013

Primera edición: marzo 2013

Maquetación i edició: Alfons Cama

acs@tinet.cat

*Tengo conciencia de que el trabajo de religar el puñado de palabras
que os disponéis a leer difícilmente me será apreciado.*

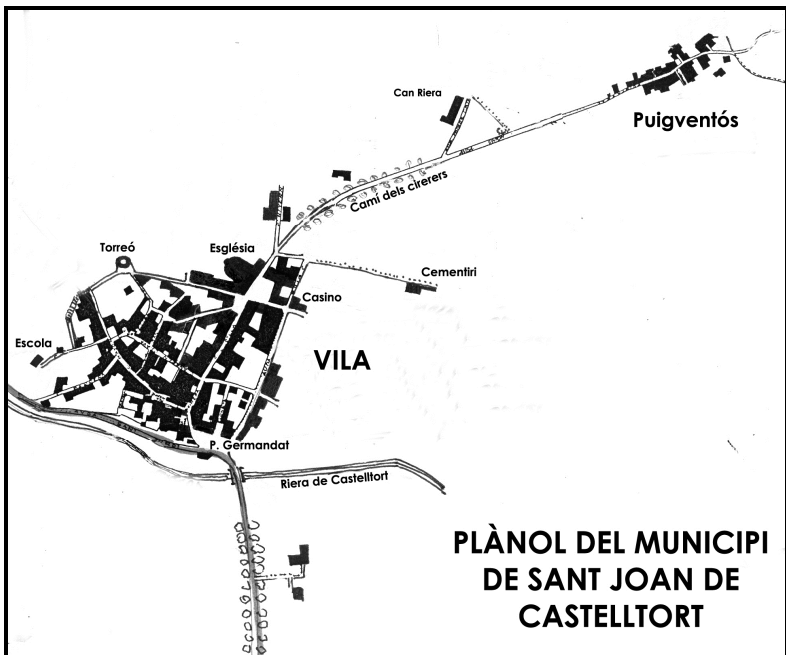
Pero, el placer de haberlo conseguido nadie me lo podrá quitar.

Los que me conocéis, no queráis buscar en él paralelismos vitales.

*En este relato, todo puede ser verdad, pero, en realidad, todo es
mentira.*

*Si, tan sólo, uno de los veintitrés capítulos que lo componen os
satisface
yo me sentiré agradecido.*

*A los que –si existe– habéis llegado al paraíso
y a todos vosotros que estáis a mi lado.*



"El pueblo de Silverio, conocido también por Castellort –Castell, por su gente–, era uno de los muchos poblamientos que salpican la geografía catalana y que entonces aún no superaba las mil almas"

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Capítulo 1.- Ilustrísimo señor	17
Capítulo 2.- La nueva sede	23
Capítulo 3.- Comilona.....	29

SEGUNDA PARTE

Capítulo 4.- Los reyes magos	37
Capítulo 5.- Julio del 36	47
Capítulo 6.- Cacería	53
Capítulo 7.- La guerra civil	57
Capítulo 8.- La nueva escuela	63
Capítulo 9.- El día más feliz	67
Capítulo 10.- Guerra de terrones	73
Capítulo 11.- Carita de muñeca	79

TERCERA PARTE

Capítulo 12.- Vendimia	87
Capítulo 13.- La timba del domingo	93
Capítulo 14.- San Cristóbal	97
Capítulo 15.- Muerte y sufrimiento	101
Capítulo 16.- Fiesta Mayor	105
Capítulo 17.- Volver a vivir	111

CUARTA PARTE

Capítulo 18.- Reencuentro	117
Capítulo 19.- La casa de los geranios rojos ...	123
Capítulo 20.- Fiesta de invierno	127

QUINTA PARTE

Capítulo 21.- Una golondrina tardía	133
Capítulo 22.- Un «cremat» de ron	139
Capítulo 23.- Revancha	147

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

ILUSTRÍSIMO SEÑOR

Silverio estaba satisfecho de lo que acababa de leer. A solas. En aquella estancia llena de expedientes, balanceando la silla hacia atrás hasta descansar el respaldo a la pared al tiempo que entrelazaba las manos tras la nuca. Eran las segundas elecciones municipales que ganaba –por mayoría; ¡por supuesto!– y la segunda vez que recibía una carta similar de enhorabuena.

Silverio Fábregas era hijo de campesino y, a hacer de campesino, había gastado una buena parte de su vida. Aunque entonces, en el momento de recibir ese escrito – cerca de cumplir los cincuenta y seis– aún tenía las fuerzas sobradas para llevar unos cuantos bancales de almendros y el viñedo que, como hijo único, había heredado de su padre, fallecido hacía un año escaso. Al mismo tiempo, sin embargo, se ocupaba de su trabajo principal: panadero. Cuando se casó con Mercè se inició en ese oficio. Al principio, acarreando con el carro las fajinas de brezo hasta el horno del suegro; más tarde, la amasadora y las largas noches de hornear el pan.

Había dejado los estudios, a pesar de ser un buen

alumno, durante el tercer año de la posguerra, cuando tenía catorce. Salió de escuela dominando la raíz cuadrada, las fracciones, la regla de tres, conociendo de memoria los ríos y las cordilleras de la península. Se había empezado a interesar por la literatura: el último maestro, don Pascual, les había hecho leer Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Baroja y, en casa, todavía quedaba algún librito de poemas de Maragall, en catalán.

Se adentró en la adolescencia en aquel tiempo en que el régimen franquista ya había impuesto su doctrina y, en las escuelas, se falseaba y ocultaba parte de la historia y de la cultura del país; imponía una lengua extraña; se mezclaba el ceremonial de la religión en cualquier acto por cotidiano que fuera y se ocultaba el hecho catalán y todas sus señas de identidad. Pero, a pesar de los esfuerzos de los vencedores para enderezar los sentimientos de aquellos chiquillos indefensos, respecto a Silverio, los sentimientos que lo habían envuelto de más pequeño nunca pudieran desvanecerse.

Al acabar la escuela, continuó leyendo de todo, y bastante, por lo que el tiempo y los libros se encargaron de consolidarle una sólida formación autodidacta. Su arraigo a la tierra y al país no le fue nunca sobrevenido. Además, nunca se dejó de interesar por todo lo que pasaba a su alrededor y, en San Juan de Castelltort, su pueblo, todo el mundo lo respetaba y le tenía simpatía. No fue, pues, extraño para nadie que, pasados todos aquellos años de dictadura, se convirtiera en el primer alcalde de la nueva democracia.

Siempre había sido una persona sensata y prudente. Bastante hablador; de palabra fácil. Mientras estaba sentado con la silla hacia atrás, y el respaldo apoyado en la pared, mostraba la imagen de un hombre de mirada profunda, de cejas negras y pobladas, de frente espaciosa y aclarada, labrada de arrugas. Tenía el pelo negro, grueso y rizado, que el tiempo iba blanqueando poco a poco. Una buena nariz y un lunar a un lado de unos labios carnosos completaban la fisonomía de aquel hombre corpulento, de piel oscura y curtida, con planta de galán maduro.

Tenía la vista clavada en el techo de vigas carcomidas y negro de humedad de aquella habitación desordenada, llena de carpetas embutidas de papeles, de quien sabe qué y de quién sabe quién, ligadas con cintas de color rojo y amontonadas en el suelo. En el ayuntamiento estaban de traslado. Por fin, marchaban de aquel viejo y estrecho piso de la calle Mayor para ir al flamante edificio de la plaza de la Hermandad, en la parte baja de la población.

El pueblo de Silverio, conocido también por Castelltort –Castell, por su gente–, era uno de los muchos poblamientos que salpican la geografía catalana y que entonces aún no superaba los mil habitantes. Sus casas se habían ido agrupando con anarquía encima de un desgastado promontorio calcáreo para formar el núcleo principal –el de la Vila–, bajo la vigilancia de un viejo torreón, la mejor señal de identidad del municipio.

Era un torreón redondo, ancho, de poca altura. Unas almenas medio deshechas rodeaban un empedrado

irregular de losas grandes y descanteadas; la hierba crecía entre las grietas. Se accedía directamente a través de una plazuela yerma, por un terraplén empinado. Debía ser la torre de vigilancia de los primeros pobladores de aquellas tierras. Desde ese lugar se podía observar todo el valle de Castelltort. Y, también, las estrellas. A Silverio, le gustaba ir al torreón para contemplar la bóveda del cielo de las noches claras. De joven, después del baile estival de cada sábado, se pasaba allí horas enteras; se sentía libre. Se deleitaba descubriendo las diferentes constelaciones. Reseguía el firmamento con placidez: la Luna, Venus, Orión, el carro grande, el carro pequeño, la estrella polar..., el norte. A veces había llevado allí alguna muchacha. Fue donde probó la dulzura de los primeros besos. Era morena. Pelo largo, con tirabuzones rebeldes, sueltos. Cejas espesas; la negrura hecha intensidad. Ojos oscuros. La mirada penetrante. La piel lisa con reflejos de luna llena. Una boca carnosa de labios melosos, con la experiencia de una lengua movediza; una embriaguez de júbilo venida del cielo. El rostro, el de una diosa griega. Y bajo la blandura del vestido, la figura esbelta del cuerpo de una divinidad egipcia. Esa noche, bajo las estrellas, se enamoró de una ninfa. La de Silverio, fue una juventud muy enamoradiza. Como lo fue toda su vida.

En la parte más baja del pueblo, las ramas deshojadas de unos viejos plátanos se curvaban sobre la línea recta de la única carretera de acceso. Al acercarse al pueblo, el asfalto se encogía para saltar el torrente de Castelltort sobre un antiguo puente de piedra. Más allá, se

revolvía para evitar las primeras casas. Después, subía sinuosa hasta San Pedro, bordeando el curso del arroyo, flanqueada por dos colinas de suave pendiente, llenas de almendros, entre las que se distinguían pequeñas construcciones diseminadas hechas totalmente de piedra, la mayoría sin techo.

San Pedro de Castelltort era un pueblecito situado a unos seis kilómetros del pueblo de Silverio, al final del valle, donde moría la carretera. De sus últimas casas arrancaba un sendero largo y arisco por donde se podía seguir, a pie, hasta un collado desde donde se observaba toda la hondonada. Al llegar el buen tiempo, las manchas blancas de los bancales de almendros parecían grandes alfombras a los pies de la fortaleza inexpugnable de San Juan de Castelltort. El color entre amarillo y rojizo de aquellas tierras tan sólo se veía roto por la lozanía de la cinta verde que acompañaba toda la longitud del arroyo. Detrás de las últimas casas de Castell, un bosque de encinar y pino blanco se perdía en dirección a la carretera general.

El golpe del pestillo lo despertó de su hechizo. De repente, la puerta se abrió chirriante y apareció una figura escuálida y oscura. Silverio se incorporó de golpe y quedó como si leyera la carta.

—¡Ah, está aquí señor Fábregas! —dijo aquella imagen esbozada sobre la penumbra del umbral de la entrada.

—Sí, Claudio. Estoy leyendo el correo —respondió el secretario del consistorio municipal.

Claudio Gafas había nacido en San Juan pero, después de la guerra, su familia se exilió a Francia. Fue allí donde cursó algunos años de contabilidad. En los sesenta, con aquellos bien preciados conocimientos para llevar los libros, volvió del exilio. Silverio ya se lo encontró en el ayuntamiento.

Antes de la guerra, su padre era el ordinario del municipio: hacía el traslado de lo que le encargaban los habitantes del valle hacia Barcelona dos veces a la semana. Según decían, durante la guerra, no había participado en nada de violento. Pero, era el único del pueblo que tenía camión y se vio obligado a hacer el transporte en aquella oscura noche de sangre; el transporte de los cuerpos sin vida de dos hombres abatidos en la montaña durante los primeros días de revuelta. A finales de aquel largo conflicto, cruento y absurdo, antes de que los nacionales cogieran el valle, un temor infundado llevó toda su familia hacia el exilio.

—¿Has visto este escrito? —le dijo el alcalde sin levantar la vista del papel.

—No... ¿qué escrito? —contestó el funcionario municipal.

El secretario iba al trabajo cada día, de nueve a dos, y era riguroso con su horario. Sin embargo, no se había dado cuenta de aquella carta era tan valiosa para el señor alcalde. Se le escapaban muchas cosas.

Al contrario, Silverio, a pesar de hacer tres días que no se había acercado al despacho, la vio tan pronto como se sentó ante aquella gran mesa llena de papeles. Al

finalizar la última hornada, la cara blanquecina y el pelo llenos de harina, había querido pasar por la alcaldía por si había nada importante.

Le alargó el brazo mostrándole la carta:

–Ten –le dijo–. Lee.

Claudio llevaba una carpeta azul de gomas bajo el brazo. Con aire de sutileza la dejó sobre uno de los montones de papeles de la mesa, se quitó las gafas de dentro del forro de la americana, se las puso y se dispuso a leer:

«Ilustrísimo señor...»

Aquella carta, mecanografiada con pulcritud sobre papel grueso, era, a la vez, de agradecimiento y de felicitación. Además, en ella se informaba de que la máxima autoridad del país se comprometía a visitar el pueblo de San Juan de Castelltort con motivo de la inauguración del nuevo ayuntamiento.

CAPÍTULO 2

LA NUEVA SEDE

Fue una mañana clara de un sábado de mayo.

En la planta baja de la nueva casa consistorial aún se sentía un fuerte olor a pintura. Ante un gran ventanal, se había improvisado una larga mesa con un par de caballetes, rodeada por un mantel blanco de papel. Estaba repleta de canapés, frutos secos y bebidas en abundancia. Sobre una mesita, al lado, tres grandes porrones de vino con tonalidades de colores diferentes presagiaban su dulzura.

Silverio se había puesto su mejor traje. Uno de color gris con un chispeado discreto, un poco pasado de moda que, sin embargo, lo transformaba en un hombre de semblante más joven. Llevaba una corbata roja, de nudo ancho y, a primera hora, había pasado por la barbería.

–Haces buena pinta –le repetía Elvira.

Elvira Vidal era la segunda esposa del alcalde. Llevaba un traje-chaqueta de pata de gallo tocado en el cuello por un pañuelo en forma de lazo de un fucsia llamativo. Tenía unos ojos vivos, con una mirada alegre, delicada, escurridiza. Dos rayas negras le marcaban el

borde de los párpados. Las cejas eran dos trazas finas, precisas. La combinación perfecta para la negrura de unos cabellos cortos, rizados por una permanente reciente. A pesar de su cincuentena, un cuerpo delgado y modulado la mostraban como una mujer de buen ver. Era una persona llena de vitalidad y de energía; inquieta. Habladora, con una voz delgada y delicada. Tenía una cara bronceada, llena de pequeñas manchas pardas, unos labios pequeños, inapreciables, y una discreta nariz redondeada. Las manos, finas y ligeras, a menudo, marcaban el compás de la palabra.

Los ediles, rígidos dentro de los cuellos almidonados de las camisas, hacían corro alrededor del alcalde en la puerta del edificio. En las mejillas, se les podía apreciar la rojez saludable que otorga el sol del campesinado. Para aquella ocasión tan especial, el alcalde iba provisto de la vara que le acreditaba como la máxima autoridad local. Claudio los acompañaba sin participar en la charla, la carpeta azul de gomas en la mano, plantado en la plaza como un pasmarote.

Las mujeres de los concejales estaban más lejos. Miraban, con el mismo orgullo de quien lo había diseñado, el frontispicio de la nueva sede. Era un edificio moderno. Se entraba a través de un gran portal de dintel recto con dos puertas de vidrio y el escudo del municipio grabado en cada una de las hojas. Sobre la fachada, en la primera planta, se habían abierto dos balcones con sencillas barandillas de hierro. Cada balcón estaba rematado con una cornisa clásica falsamente soportada

por dos finas columnas. Desde uno de los balcones colgaba la bandera de las cuatro barras; del otro, la azul celeste con el escudo del municipio. Encima, bajo tejado, cuatro ventanas más modestas completaban aquel conjunto poco armonioso, al entender de muchos. Junto a la entrada, a la altura de los ojos, unas cortinillas verdes de terciopelo tapaban la placa que debía perpetuar el evento.

El edificio estaba situado en la plaza de la Hermandad, junto a la Cooperativa Agrícola, a la entrada del pueblo, justo delante de la curva que hace la carretera en acercarse a Castell. El suelo se había pavimentado recientemente. Estaba compuesto por unos grandes cuadros que modelaban la explanada: hileras de adoquines de granito rellenas de hormigón enrasado. Ante las dos edificaciones, varias moreras se alternaban con unas farolas de diseño. A un lado se iniciaba la subida de la calle Mayor hacia el centro de la Vila; desde el otro, la calle de la Cruz, más llana, recortaba la población por el lado de sol naciente.

En todo el pueblo, banderas y colgaduras engalanaban ventanas y balcones; la gente acudía a la plaza en grupitos; las casas se vaciaban poco a poco; los que venían de algún municipio vecino dejaban el coche en la carretera, formando una larga serpiente de colores; los balcones de la plaza estaban llenos hasta la bandera; niños, con pantalones cortos, corriendo, dibujaban eses alrededor de árboles y farolas. Con ese ir y venir de gente, la plaza de la Hermandad parecía un hormiguero. Dos

tricornios hacían guardia ante el portal de la Cooperativa y el cabo, de paisano, se había incorporado al grupo del alcalde.

Otro foro reunía varios hombres bien vestidos. Se había ido formando en una de las esquinas de la plaza. Eran los tenderos y los empresarios. En aquella corro estaba Tavi Sardó, el farmacéutico, un hombre espigado que, con aquella claridad diáfana de primavera, la camisa blanca le lucía con intensidad propia; Juan de la boina, el único maestro de obras aprovechable de Castell, con la gorra del domingo que le tapaba la media calva, musculoso, con los hombros pegadas a la cabeza; Floreal, el hijo de Angeleta, de la panadería de arriba –la competencia directa del alcalde–, un hombre flaco, deshuesado, que se movía como un polichinela; el doctor Valls, con el crenchado de los días de fiesta; Marcelino, que durante los últimos años había convertido su tienda en un revoltijo de objetos inservibles; y un par de hombres más, forasteros, de la empresa que había llevado a cabo las obras de urbanización de la plaza.

Hacía rato que los dos altavoces situados a ambos lados de la nueva sede municipal habían retransmitido las doce campanadas de mediodía. Entonces, vestido con el uniforme y la gorra reglamentarios, el alguacil, que se había plantado en la carretera, empezó a correr en dirección al alcalde.

–¡Ya llegan! ¡Ya llegan! –gritó.

Al cabo de un momento, tres coche negros pararon en medio de la plaza haciéndose paso entre la gente. A

continuación, Silverio se dirigió hacia una de las puertas traseras del segundo vehículo, el que llevaba una banderita delatora sobre el capot delantero.

Del coche, bajó un señor de edad avanzada y cara satisfecha; con un traje brillante y una corbata azul como la agudeza de sus ojos.

—¡Bienvenido a San Juan de Castelltort, señor presidente! —le dijo el alcalde.

Conoció a Silverio al instante; contestó con palabras de cortesía; dio la mano al cabeza del consistorio y a todos los concejales y, entre saludo y saludo, se dirigió hacia la puerta del edificio, entre de la gente. El alguacil saludó con la mano en la gorra, como lo hacen los militares; la pareja de guardias civiles se habían acercado discretamente.

Tras descubrir la placa, entre los aplausos de la concurrencia, las autoridades subieron al primer piso de la nueva casa consistorial hasta el balcón donde había la *senyera*. En el otro, se habían colocado las esposas de los concejales.

Empezaron los discursos.

Con toda tranquilidad, el alcalde cogió un folio plegado de dentro del bolsillo de la americana, lo desplegó, se acercó al micrófono —acoplado a los altavoces de la plaza— y lo leyó con claridad. Como días antes había hecho delante de Elvira. Fue un discurso lleno de agradecimientos. Después, las palabras del presidente, pronunciadas sin guion, volvieron a arrancar los aplausos del auditorio.

El aperitivo no llegó para nadie. Las autoridades apenas lo pudieron catar: durante los parlamentos, los jóvenes se había amontonado sobre el festín y, en un abrir y cerrar de ojos, se lo habían comido todo.

Antes de la partida, el presidente se cerró con Silverio en el despacho. Le quiso hablar de un ambicioso proyecto para la construcción de una balsa de riego que debía permitir una mejora sustancial en la agricultura de la zona. Le anunció una próxima reunión con el consejero del ramo a fin de que todos los alcaldes afectados lo conocieran con más detalle.

Después de las despedidas, los visitantes volvieron a subir a los coches, atravesaron el torrente sobre el viejo puente de piedra y se sumergieron bajo la sombra proyectada por las arcadas de los plátanos de la carretera, hasta perderse.

En ese preciso momento, los altavoces de la plaza de la Hermandad dejaron sentir una campanada ronca, impertinente, ahogada por el ruido de la multitud. Tan sólo, era la una de la tarde.

CAPÍTULO 3

COMILONA

Había pasado más de un año desde la visita. El lugar elegido para aquella comida fue el restaurante La Dorada. Uno de los más prestigiosos de la zona, propiedad de Xico Displás, un incondicional del partido. Todos los detalles estaban cuidados escrupulosamente. La presencia del consejero, con fama de gran gourmet, lo requería.

Se había preparado una espaciosa sala del primer piso, con vistas sobre una pequeña bahía llena de barcas, con un mar azul y encogido que parecía de postal. A través de dos grandes balcones, de donde colgaban unas finas cortinas hechas con red de pescador, se podía observar la calma de aquel día luminoso. Sobre la punta de un promontorio lejano, unos pinos desplomados parecían hacer reverencias a las barquillas que veleaban sobre el azul del agua con la ayuda de un frágil *garbí*. Poco más allá, la línea recta del horizonte separaba las dos tonalidades de azul cristalino que exhalaban, mar y cielo. El paseo, con un encintado de pinos, pequeños e irregulares, bordeaba la arena de la playa y, de la lejanía,

se acercaba a la puerta del restaurante. Arriba, arriba, sobre el cielo claro de aquella pequeña villa marinera, se había formado una escasa capa blanca de nubes de algodón, alargada e inmóvil. Como si alguien hubiera querido detener, del todo, aquel airecillo que se percibía en el ambiente. Era la señal de protección para las barcas de los pescadores que, de madrugada, se habían hecho en la mar serena.

La comida, a medio camino entre institucional y de partido, reunía a cuatro alcaldes afectados por el ambicioso proyecto de regadío que debían asumir frente a la presión que se podía desencadenar por parte de grupos ecologistas.

La espera se había hecho a pie, en la entrada del restaurante. La llegada del consejero precipitó la subida al comedor, una vez hechos los saludos y presentaciones de rigor. Xico no era la primera vez que acompañaba al consejero a la sala reservada hasta abrirle la puerta. Uno tras otro, fueron pasando el resto de comensales. Silverio fue el último en entrar.

Dentro de la sala, las paredes remolinadas de blanco, estaban decoradas con grandes óleos de motivos marineros. Sobre las telas, se advertían las pinceladas intensas del azul marino de unas aguas salvajes que se desmenuzaban sobre contornos rocosos; su geología parecía formada por el propio espesor de la pintura. Había una gran mesa redonda con un mantel de color sepia, dispuesta para cinco personas.

Silverio se sintió sumergido en una atmósfera que le

venía grande: un centro de flores presidía la gran mesa; cuatro piezas de cristalería, puestas en fila, acompañaban los cinco grandes platos blancos de bordes recortados, flanqueados por tres juegos de cubiertos relucientes; cada uno de ellos contenía una servilleta del mismo color que el mantel, medio doblado, formando un volumen ingenioso; una cesta para cada comensal alojaba una barrita de pan; varias salseras desprendían su aroma, el augurio de una buena comida de pescado. Totalmente inmóviles, a un lado de la sala, dos camareros, con traje negro y pajarita, aguardaban atentos la señal para empezar a actuar.

Empezaron con un entrante de mariscos. Lo sirvieron en diferentes tandas y lo acompañaron con un vino blanco de aguja, de Perelada. Mientras Silverio esperaba conocer cuál de aquellas herramientas que rodeaban su plato debía utilizar, observó, boquiabierto, como los langostinos y las gambas del plato del consejero comenzaban a ser despojadas de su cáscara a golpes de dedo, de la manera más natural. Cruzando una mirada de complicidad con su compañero de San Pedro, el inicio de la comilona se le hizo menos arduo.

Una suculenta y abundante zarzuela de segundo plato hizo las delicias de todos aquellos comensales que, como él, y después de destaparse en el desenfreno de la conversación de la comida, se mostraron como unos simples triperos.

—Y usted, ¿qué piensa, señor Fábregas?

La pregunta, como caída del cielo, venía del

consejero, en medio de una conversación amplia y ligera sobre la oportunidad de la construcción de una gran balsa de riego. Silverio había callado hasta ese momento. Era claro, sin embargo, que aquel alto gobernante era consciente del fuerte peso específico que su respuesta debía tener sobre los demás asistentes. Había escogido con mucha premeditación el interlocutor. Era una pregunta difícil de contestar, al menos, de una manera clara y precisa. Se había hecho el silencio. El alcalde intentó alargar el tiempo llevando a la boca una copa de coñac francés, oliendo su aroma con la parsimonia de quien hace una cata. Tenía la certeza de que aquella obra podría dar solución a los problemas de sequía que a menudo sufría su municipio y convertir en regadío una buena parte de los actuales cultivos; que se podrían plantar otros tipos de frutales, de más calidad, más productivos; que sería una mejora indiscutible para el campesinado. Pero, también pensaba en el lugar donde se quería ubicar: un hondonada donde el arroyo de Castelltort hacía linde entre tres pueblos vecinos –Castell, San Pedro y Vilatorc–; donde, de joven, iba de cacería; donde brotaba la Font del Ferro; donde, de pequeño, iba de excursión con los otros niños del colegio; donde, tantas veces, y a escondidas, se había ido a bañar con Enric, su mejor amigo, el amigo de quien hacía mucho tiempo le habían separado. Y Silverio, aquel pobre alcalde, de aquel pobre pueblo, tenía que contestar, de una manera sencilla, aquella ingenua pregunta de aquel señor de Barcelona que, a buen seguro, no era capaz de distinguir un

melocotonero de un peral.

—¿Quiere que le diga, que no lo sé, consejero? Estas decisiones no se pueden tomar a partir de la inmediatez. Hay que tener una visión de más vuelo de la que podamos tener mis compañeros y yo. Mire, consejero, en el lugar donde se debe poner la balsa, vamos a buscar setas, a bañarnos, a cazar. Hay una fuente, de muchos recuerdos para mucha gente. No sé, consejero. ¡No lo sé! Por otra parte, la economía de nuestra comarca no puede aguantar más. Se necesitan impulsos valientes; quizás este debe ser uno. No lo sé. Se necesita potenciar algún tipo de industria. Nuestra gente no puede resistir más: se nos va. Nuestro nivel de vida no mejora. No tenemos el turismo para ir tirando.

—No me haga un discurso, Fábregas —cortó el consejero.

—No se trata de hacer discursos, consejero. Precisamente es de eso de lo que no se trata. Mire, yo pienso que la balsa se hará y será una buena cosa para nuestra agricultura. Pienso que ya hay una decisión tomada, y no seré yo quien se oponga; eso que quede claro. Pero... no se deben hacer tonterías con la naturaleza. Y, por otro lado, no hay que parar con esa obra. Además, puede que sea la manera de borrar las huellas dejadas por las canalladas de la guerra. Es, también, un lugar de muy mal recuerdo para los de mi pueblo.

El consejero no entendió aquellas últimas palabras, pero ya había escuchado las que quería oír. Sabía que

podía contar con la complicidad de aquellos tres hombres. Que la comida había valido la pena. El resto de la conversación, hasta el momento en que se levantó de la mesa para volver a Barcelona, sobraba.

La despedida se hizo en el mismo comedor, de una manera distendida.

Afuera, un cielo enrojecido había desvanecido las nubes de algodón y, frente del restaurante, unas pocas barcas descargaban cajas de pescado en un pequeño muelle de madera bajo el revoloteo de las gaviotas.

Era un pueblo pequeño y poco transitado para la época del año. Silverio inició el viaje de vuelta, también, a solas, con su Seat Ritmo blanco que exteriorizaba la pulcritud exigida para aquella ocasión.

Cuando apenas había recorrido la mitad del paseo, la seducción del paisaje lo hizo parar. Aparcó el coche bajo la hilera de pinos. Se quitó la americana y la corbata. Bajó del automóvil, atravesó el paseo y, con los pies descalzos, se adentró en la playa para tocar, con sus propios dedos, la belleza que lo cautivaba, hasta que el rumor de unas olas apacibles le rozaron los pies y la frialdad del agua le subió por todo el cuerpo.

Se sentó sobre la arena húmeda de la orilla del mar. Sin importarle que se le ensuciaran los pantalones del traje nuevo, comprado a propósito de aquella invitación. Percibía un fuerte olor marina y sentía las gaviotas, ávidas de comida fresca, chillar. Inmerso dentro de aquella paz serena del mar, del cielo y la tierra en armonía, los pensamientos, pronto, se le precipitaron hacia su propio

pasado. Como imágenes fotográficas llenas de vida.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 4

REYES MAGOS

Un rancio sol matinal empezaba a fundir el cielo estrellado y una brisa dócil balanceaba la escarcha sobre las ramas de los frutales del Puigventós.

El barrio donde vivía Silvi Fábregas, si así se le puede considerar, estaba en las afueras de la Vila, a más de un cuarto de hora de camino. Lo componían no más de veinte casas de campo situadas a ambos lados de una calle de tierra. Las primeras estaban separadas por patios grandes, rodeados de vallas bajas de madera. Se veían pollos y patos blanquecinos picotear las sobras de la comida de sus dueños. En una de ellas, bajo una gran nogal, se podía observar una bomba para el trasiego del agua, con un volante de la altura de una persona. Allí vivía un individuo extraño, tartamudo, introvertido; corto de entendederas que, de pequeño, había perdido un brazo debido a una gangrena voraz. Le llamaban Andrés el Queco. A media calle, las casas se juntaban. Una de las más descuidadas era la de los Fábregas. Junto a las construcciones, una hilera intermitente de flores de noche pretendía embellecer aquella parte de la calle. En lo alto,

la antigua era de trilla quedaba en el lado izquierdo. Delante, a la derecha, la casa del carretero –Joan Massoni–, la última del Puigventós.

Después, la calle se convertía en camino para carros. Más arriba atravesaba un arroyo, sobre un pequeño salto de agua. Agua que, al llegar a tierra, se recluía en sí misma para formar un *tinard*; que era así como se llamaba a aquel lugar. El lugar donde las mujeres del vecindario, cargadas con grandes fardos de ropa, iban a hacer la colada; el lavadero municipal se encontraba al otro lado de pueblo y les era más corto llegar hasta aquel sitio. Mientras ellas ablandaban la ropa a golpes de pala sobre cualquier roca allanada, los muchachos –que las habían acompañado como mozos de carga– jugaban a cazar zapateros o hacer fuentes con hojas de pita. Regueros abajo, el arroyo desaguaba en el de Castelltort, cuando éste ya había saciado los manantiales de los primeros pueblos del valle.

Más adelante, el camino se perdía en medio de los campos. Poco más arriba, el bosque.

La casa donde vivían los padres de Silvi –Quimet Fábregas y Rosa Nadal– confrontaba con la calle del Puigventós. Del lado derecho, estaba pegada a los muros de piedra del caserón vecino; justo donde sus inquilinos tenían el establo, atestada de ganado. A la izquierda, había el patio. Un patio, rodeado por un tabique alto, con una puerta de madera pequeña, muy vieja, que daba entrada desde la calle y que, de tan resquebrajada, se había perdido el agujero de la gatera. El patio mostraba un

aspecto miserable: entrando, a la derecha, un porche de tres arcos, con los ladrillos a medio rebozar, daba acceso a la casa; al otro lado, un pozo esquinero, de agua terrosa y mala, tenía un cubo de metal a todas horas colgado de la polea; en medio, un gran níspero daba cobijo a una mesa de piedra rodeada por cuatro troncos ennegrecidos, los asientos; sobre la pared del fondo, más allá del final de la casa, unas jaulas de conejos alineadas a la altura de los ojos, con una costra de heno y basura a los pies, que a menudo servían de urinario. Desde un cajón de obra hecho al lado del pozo, una canalera de ladrillos a media altura, pegada a la pared, atravesaba todo el patio. Hacía correr el agua –que Quimet extraía balde a balde– hasta el lavadero situado en el huerto, en la parte trasera del tabique. Era un lavadero ancho, lleno de pececillos rojos, con el verdor de un limo viscoso.

Por aquel barrio alejado de la población, el agua corriente aún debía tardar bastante tiempo en llegar a sus casas. La que se sacaba de la mayoría de los pozos no era apta para el consumo; ni siquiera se podían cocer las legumbres o disolver la grasa de la ropa. Únicamente se utilizaba para regar y lavarse; o, en verano, para poner las hortalizas y la fruta en fresco. El único pozo del barrio que tenía agua en abundancia, y de calidad, era el de la casa del Queco; allí iba la mayoría de mujeres del vecindario para abastecerse. Andreu les daba todas las facilidades: el portal del patio lo dejaba expresamente abierto de sol a sol.

Sin embargo, dos días por semana, pasaba el carro

del aguador apretado de botellas de vidrio llenas de agua. Era un agua ferruginosa, que Quimet la convertía en picante al añadirle el contenido de unas bolsitas de magnesia. Muy a menudo sentía dolor en el estómago, de una úlcera que debía tener. Él decía que aquel mejunje le iba bien para detener el tormento y ahorrarle las pastillas digestivas que le había recetado el médico.

Al huerto, se pasaba a través de un portal ancho muy destartalado abierto en medio del tabique. Daba a una explanada. Entrando a la izquierda, junto al lavadero, había un gran gallinero hecho de cañas y tela metálica de ojos grandes, lleno de gallinas, con unos cuantos pollos ufanos y un gallo alborotado. En el lado de la derecha, el cobijo donde se guardaban los utensilios y las botas de vino; y la letrina; y, junto a la letrina, un cercado para la yegua y el carro y, más allá, el estercolero. Pasada la explanada, se extendía una buena franja de tierra, entonces casi vacía, llena de surcos perpendiculares a un pasillo central bordeado por canalones de media caña. Durante el buen tiempo, el agua de la alberca regaba las hortalizas del huerto: corría por los canalones, salvaba pequeñas compuertas y, pendiente abajo, llegaba hasta las hortalizas y los frutales por entre los surcos de tierra, rectos y precisos, aquella mañana, cubiertos por una escarcha blanca y espesa. También había un montón de árboles frutales desnudos, mal repartidos, balanceando las ramas. El carro entraba y salía por el portal del fondo, en el centro del cercado de madera que bordeaba todo el huerto marcando el límite de la propiedad, al lado de un

inmenso granado estéril. De allí salía un sendero que atravesaba campos y sembrados y que, por un desvío, se llegaba a la era de trilla del Puigventós.

Los bancales de almendros, los frutales y la viña, Quimet, las tenía en un buen trecho de la casa. La senil yegua de los Fábregas, aquella gélida madrugada de enero cerrada en el establo, aún era bastante valiente para hacer girar las grandes ruedas del carro familiar y poder hacer el viaje de ida y vuelta, en su momento, cargada de portaderas llenas de uva.

Bajo un cielo raso, Silvi y su padre seguían las huellas que unos caballos habían dejado sobre el suelo del huerto. De sus bocas salían bocanadas de humo. Rosa estaba en la cocina. Se los miraba, desde la ventana, con cara complacida, entremedio de unas botellas llenas de jugo de membrillo que reposaban al sol, sobre el alféizar. Era una cocina espaciosa, con un gran fuego en el suelo. De buena mañana, se había apresurado a encenderlo; al abanicarlo, todavía centelleaba de la noche anterior y, con una rama seca de brezo, enseguida revivió. Era una cocina sencilla, con sensación de vacío. Bajo la ventana, había un fregadero de piedra con un pequeño armario de estantes y cortinillas de flores rojas. En una pared, una mesa redonda con el charol desgastado y cuatro sillas de junco. Encima, una ristra de platos y cazos. En otro, un aparato de radio sobre una pequeña repisa con falditas, de la misma ropa de flores rojas. Y, en una esquina, la puerta, de tela mosquitera, de una pequeña despensa.

Las huellas los llevaron hasta el porche de la casa.

Lo atravesaron y, mientras pasaban a través el umbral de la puerta que daba acceso a un recibidor oscuro, se les añadió la madre con un paño de cocina entre las manos. Era un recibidor amplio, con un suelo de baldosas de barro muy desgastadas y las paredes encaladas. Servía de distribuidor para toda la casa: a la izquierda, la puerta de la cocina; a la derecha, la de acceso al comedor; en frente, la escalera de vuelta con una barandilla de obra y azulejos vidriados que llevaba a los dormitorios del piso de arriba.

Bajo la escalera había un par de cañizos para secar higos, una caña de boca ancha, unos zuecos de madera; y un plato de porcelana, vacío.

—¡Se han comido todas las algarrobas! —gritó el padre de Silvi, mostrando el plato que la noche anterior habían dejado bajo la escalera, lleno de algarrobas.

—¿Por qué no miras en el comedor? —le insinuó la madre.

Silvi aún era un crío; tenía cinco años. Siempre había tenido miedo de entrar en aquella estancia, a todas horas cerrada. Sólo se utilizaba los días que había invitados; muy pocos. Ese día, sin embargo, hizo un esfuerzo para poder hacer realidad sus sueños de niño. Abrió la puerta, poco a poco. Se adentró en el comedor oscuro, sin abrir la luz. Los padres no lo siguieron. Una vez dentro, se quedó aturdido durante unos segundos al descubrir un gran paquete en una esquina, envuelto en papel de embalar. No sabía lo que le pasaba.

—¡Hay algo! —gritó, mientras salía corriendo del comedor para lanzarse a los brazos de la madre.

Volvieron a entrar; los tres. Lentamente. Encendieron la tenue luz que proporcionaba una araña colgada sobre la mesa cuadrada. Cuatro sillas oscuras rodeaban la mesa. Como siempre, la ventana que daba a la calle estaba cerrada. Mientras sus sombras se movían a través de las paredes blanquecinas del comedor, los tres se iban acercando a aquella cosa. Al llegar, Silvi comenzó a destaparla, sin que su impaciencia le dejara ir tan deprisa como quería.

—¡Es un camión! —gritó finalmente.

Un camión de madera, grandioso; cabía él dentro. Era obra de su padre: la cabina de color verde luminoso, la caja de rojo, las ruedas negras. En la casa de Silvi, ese año, también habían pasado los reyes magos de la ilusión; sus caballos habían comido las algarrobas del plato, incluso se habían podido ver las huellas que habían dejado por el camino. Las que había marcado con una herradura Quimet de buena mañana, claro.

Los padres de Silvi eran buena gente, campesinos de toda la vida. Los padres de su padre vivían en la calle de la Cruz, en la parte baja de la Vila. El abuelo había trabajado la tierra desde que era un crío. De él, eran todas las propiedades de la familia. Una maldita patada que le propinó la yegua, mientras le herraba las pezuñas, lo dejó incapaz de la espalda, para siempre. Los otros abuelos, que él no había conocido, habían sido aguadores; transportaban el agua de la Font Picant para todo el valle. La abuela había fallecido durante su tercer parto y se decía que su marido murió de pena, dos años más tarde.

La relación de Quimet y Rosa con su único hijo se podía considerar dentro de la normalidad de los cánones de la educación de los tiempos que corrían: el respeto más absoluto por los mayores, la exigencia del habla de usted, la estimación amorosa escondida en la envoltura de la indiferencia. Muestras de afectividad, pocas.

Quimet, más preocupado en poder llenar la despensa, dejaba para su mujer el trabajo más inmediato de educar al niño. Hacia el chico, se mostraba estricto, con una moderada severidad. Con todo, de vez en cuando, se manifestaba como un padre indulgente, realizando acciones exageradas para complacerle. Como lo fue toda la faena que, ese mismo año, se había dado para simular la llegada a su casa de los tres reyes magos o la construcción del camión de colores que habían dejado en el comedor.

Para poder dar lo mejor a su único hijo, y de acuerdo con unas peculiares valoraciones económicas, nunca consideró la posibilidad de engendrar otro descendente, a pesar de la constante insistencia de su mujer. Aquel campesino lleno de racionalidad, en asuntos de cama, tenía plena capacidad y maneras de poder decidir.

Era un hombre casero, poco hablador, al que le gustaba pasar buenos ratos con algún amigo vecino a la luz del fuego, relatando historias, preguntando acertijos o haciendo bromas. Eran historias repetidas; adivinanzas con respuesta siempre conocida; ficciones que, sin proponérselo, fueron de gran ayuda en el despertar intelectual de Silvi, que siempre andaba por casa con las

antenas puestas.

Rosa era cuatro años menor que su marido. Tuvo su hijo los veintisiete. Ella era quien realmente llevaba aquella casa. Estaba convencida de que daba lo mejor al niño. Pero, de hecho, su dedicación era puramente metódica, corporal, fisiológica. Pocas eran las veces que se le notaban chispas de afectividad. La distancia entre madre e hijo era enorme; más alargada con el paso de los días, los meses, los años. La varilla de brezo tras la puerta, las tortas en el culo y los gritos por cualquier pequeña travesura eran plato de cada día. Silvi se tuvo que acostumbrar poco a poco a las innecesarias reprimendas maternas y, pasados los primeros años de inevitable dependencia, la voz chillona de la madre le empezó a entrar por un oído y salir por el otro. Y, cuando esta indiferencia se convirtió en desprecio, lo fue para toda la vida. El afecto amoroso que su madre no le supo dar, que en su interior buscaba con insistencia, la tuvo que encontrar en las mujeres que más tarde rellenaron su vida.

Los Fábregas vivían de una economía de subsistencia. En los bancales más grandes, obtenían buena cosecha de almendras; la viña les producía un buen vino y los frutales daban bastante más fruta de la que consumían. Tanto la almendra como parte del vino que obtenían, los vendían en la Cooperativa Agrícola. En su tiempo, era Rosa quien llevaba a vender al mercado semanal de la plaza de Castell la fruta y las hortalizas. Con las aves de corral y las hortalizas de la casa, para comer, eran casi autosuficientes. Y, con el dinerito de las cosechas, podían

comprar una muda de ropa al año para cada uno, la leche, el aceite, el azúcar, y poco más. Era todo lo que necesitaban para vivir, que ya era mucho; siempre pendientes del capricho del cielo.

Con el flamante camión multicolor, Silvi no tardó en ir a buscar a su amigo vecino. Enric Pujades vivía tres casas más arriba, en el mismo lado de la calle. Su familia no tenía la fortuna de la de él. Su padre era un hombre al que le gustaba en exceso la bebida y había perdido un buen pedazo de tierra a las cartas. Vivían de alquiler en aquella casa del Puigventós, con un pequeño huerto que no les permitía salir adelante. Para poder sobrevivir tenía que ir a faenar al bosque: arrancaba cepas de brezo u obtenía carbón vegetal en pequeñas carboneras cubiertas de arcilla. De las cepas, fabricaba unas extrañas pipas que, una vez al año, iba a vender a pueblos cercanos. En la parte trasera de su casa, había una pequeña habitación repleta de cachivaches, y un banco lleno de herramientas de carpintero de lo más extraño; el taller donde su padre fabricaba las pipas. Los dos muchachos mal utilizaban a menudo aquellos utensilios, sin que nadie se lo recriminara.

Para Enric y su hermana –una niña de rizos negros y ojos oscuros– los reyes no habían pasado. Posiblemente, para ellos, no existían. El camión de Silvi fue el regalo de reyes de ambos niños. Siempre juntos, lo iban estropeando por igual: ahora subía Enric y tiraba Silvi, ahora subía Silvi y tiraba Enric. Ya de muy pequeños, la compenetración entre el uno y el otro fue grande y se

hicieron, para siempre, unos amigos inseparables.

CAPÍTULO 5

JULIO DEL 36

Como todos los días, después de la escuela, Silvi y Enric tuvieron que atravesar todo el pueblo para llegar a la plaza del Casino y luego tomar el camino que les había de llevar hacia el Puigventós.

Aquel día de julio, en aquel lugar, había alboroto. Las otras tardes, cuando los dos muchachos pasaban por allí, no encontraban a nadie. Pero, ese día, algún hecho inesperado sucedía.

La explanada de delante del Casino era el centro neurálgico de Castelltort. Cada mañana de sábado se montaba el mercado semanal: los campesinos llevaban a vender el ganado y las hortalizas; un pescadero revendía unas cuantas cajas de pescado que acarreaba con un triciclo desde la costa; de vez en cuando, el afilador festejaba su presencia con una tonada peculiar; cuatro o cinco charlatanes montaban chiringuitos de ropa y quincallería; los tenderos aprovechaban para sacar sus productos.

En la plaza, estaba la mayor parte de los comercios del pueblo: el alpargatero, con todo de alpargatas de

cintas de colores colgadas sobre los postigos de la puerta; la tienda de comestibles, con un gran escaparate –donde un bastidor de color azul claro había perdido su color– repleto de botellas de licor polvorientas, botes de conservas y un barril de arenques medio lleno y, encima de la vidriera, un gran cartel con letra caligráfica: «Ultramarinos Oller»; la panadería de Angeleta, una mujer que, de tan amable y delicada, se hacía pesada, donde se vendían los Minguet, unas galletas a base de almendra que se anunciaban como la especialidad de Castelltort; la farmacia del señor Sardó, con los estantes llenos de tarros blancos de porcelana, de todos los tamaños, con los nombres de las hierbas que debían contener. Y sobre todo, el Casino.

Era un edificio de finales de siglo, albergue del único café del pueblo. La entidad con más prestigio de Castelltort i que, gracias a la popularidad y la importancia que había adquirido para los castellencs, acabó cediendo su nombre a la plaza, aunque la gente mayor la continuara llamando plaza de la Vila. En el otro lado, frente a frente, se plantaban las escaleras más largas y más altas que nunca se habían visto y, encima, la inmensa iglesia de la torre cuadrada del campanario.

La calle Mayor subía hasta allí en línea recta procedente de la plaza de la Hermandad por entre casas adosadas directamente, o separadas por algún patio estrecho que bordeaban la calle a través de cercados de piedra contruidos con un mortero que, de tan pobre, se perdía. Sobre las fachadas, algunas de las cuales estaban

rebozadas i pintadas de blanco, se veían grandes portales que debían permitir el paso del carro y del caballo. El empedrado de la calle terminaba en unos treinta pasos después del café, ya de bajada; si se giraba a la derecha, se llegaba enseguida al cementerio nuevo; si se continuaba de frente, se tomaba el camino de los cerezos, el que debía llevar los dos muchachos en su casa del Puigventós.

Desde la plaza también empezaba otra calle enlosada, de subida al torreón; y otro, más corto, en dirección a la calle de la Cruz, el que, pasando por detrás del Casino donde estaba la pista de baile al aire libre, también llevaba a la plaza de la Hermandad.

Pero, en la plaza, las otras tardes, no había nadie.

Cuando los muchachos llegaron allí, aquella tarde de julio, las campanas tocaban enloquecidas y se oían gritos que salían de la iglesia. Delante de las escaleras, un coche negro con las grandes iniciales de la FAI, mal pintadas, tenía las puertas abiertas de par en par. Los niños más grandes, subidos en las barandillas de piedra, celebraban el espectáculo. Algún campesino hacía corrillo. La farmacia estaba cerrada. Y, a través de los cristales del café, los más viejos, los que no habían salido, no se podían creer lo que veían.

—¡Enric, vete a casa! —gritó un hombre llamado Estevet, el hermano de su madre, desde el medio del bullicio.

En ese momento, unos milicianos exaltados salieron de la iglesia con una gran imagen: San Martín sobre el caballo, cortando su túnica para un pobre; la del altar

mayor. Sin más, la hicieron voltear con fuerza sobre la escalinata. La cabeza de San Martín rodó hasta ser parada por el coche negro; el pobre, el pedestal y las piernas del caballo se desmenuzaron en mil pedazos; y el cuerpo del santo, pegado al caballo, no pasó del primer rellano.

–¡Muerte a los curas! Viva el anarquismo! –
entonaba el más activo mostrando una escopeta de caza.

–¡Muerte a los insurrectos! Viva la República! –
gritaba el otro.

Silvi no entendía bien el significado de aquellas palabras. En su casa no se respiraba aquel radicalismo. Los sentimientos nacionalistas y apolíticos de su familia estaban bastante satisfechos con la República y el gobierno del presidente Companys.

Los dos niños, atemorizados, tomaron el camino de cada día. No sabían si correr deprisa hacia su casa o retomar la batalla de almezas que el día anterior habían dejado inacabada contra los Roure.

–¿Has visto las escopetas? –dijo Enric al salir de la plaza.

–Sí. Había uno que llevaba una pistola en la cintura.
¿Los has conocido?

–No, me parece que son del pueblo.

Se hizo una pausa, hasta que, después de unos pasos, Silvi gritó:

–A ver quién llega primero al almeiz!

De repente, los dos niños se pusieron a correr por aquel camino de polvo.

El cielo era azul con alguna bocanada blanca de

nubes. En la cima de los cerezos, de un verde intenso, aún quedaba alguna cereza picoteada por los pájaros. Y ellos, sabedores de su impotencia para llegar a su alcance, ya hacía días que habían dejado de interesarse por ellas.

—¡Primero! —gritó Silvi al llegar a la curva del camino donde estaba el árbol que señalaba el final de la carrera.

Sin decir nada más y soplando de cansancio, se tumbó al margen, en el mismo lado del almez, donde arrancaba el camino que llevaba a la masía de los Roure. Silvi sacó el trabuco de la cartera, un trozo de caña por donde se impulsaban las almezas desde dentro de la boca. Hacía días que lo había tomado de una cortina de la casa de sus abuelos que quedó lisiada con el beneplácito de la abuela. Se miró el trabuco recordando la cortina, el porche, la parra llena de uvas que se veía desde el porche y la abuela que miraba, benévola, la fechoría del crío.

—¡Hoy no vamos a jugar a guerra! —dijo.

Tiró la caña al suelo y, sin remordimientos, la aplastó con el pie.

CAPÍTULO 6

CACERÍA

Pocos días después, al atardecer, en la era del Puigventós, los niños jugaba al *bèlit*: un tronco de un palmo de largo, más grueso que el dedo gordo, acabado con punta en cada extremo, hecho a corte de cuchilla. Cada jugador llevaba el suyo, y el juego consistía en hacerlo llegar lo más lejos posible mediante dos golpes; el primero en la punta, para hacerlo levantar, y un segundo, ya en el aire, para hacerlo volar lejos. Era un juego peligroso al que Silvi no tenía permitido jugar.

–¡*Bèlit!* –gritaba cada uno, antes del primer golpe.

Delante de la gran puerta de la carpintería de Juan Massoni, Silvi y Enric estaban sentados sobre un desgastado columpio de palanca que, años atrás, el propio carretero había construido para los niños.

El portal de la carpintería estaba abierto de par en par. Iba de un lado al otro de pared y era la única abertura por donde la luz y el aire podían penetrar desde la calle. Dentro, tablones de todas medidas reposaban sobre unas paredes que habían desaparecido; las virutas cubrían completamente el suelo; y el polvo del serrín se mezclaba

con el olor desagradable de un sebo espeso que se utilizaba para untar los ejes de las ruedas. Había un aserradero y un torno, entonces parados. Aquellas máquinas giraban a través de un sencillo sistema de poleas movidas por correas transmisoras. Su peligro era tan manifiesto que la prohibición, para los niños, de entrar en el local se cumplía con un rigor absoluto. Incluso el columpio, que se guardaba al lado de la puerta, era sacado a la calle, y vuelto a guardar, por el propio carretero.

En el tornillo del banco de carpintero, Joan manejaba el cepillo con habilidad. Daba forma al último rayo de una rueda de carro que tenía a medio montar. Era un hombre bajo, regordete, ancho de hombros; un tapón de barreño. Vivía en la casa de al lado de la carpintería. Mientras trabajaba, vestía con unos pantalones azules de pechera y tirantes, llenos de bolsillos que escondían camisetas claras de cuadros pequeños; en invierno, de franela. Y siempre, sobre la oreja, el lápiz rojo de carpintero, como si formara parte de su vestimenta. Era un buen hombre. Sin embargo, no faltaba quien le recriminara las salidas a la ciudad en busca del sexo que su vida, saturada de normalidad, le negaba.

Los dos muchachos miraban el juego de lejos, con una rebanada de pan con aceite y azúcar en la mano que, como cada tarde, les había preparado la madre de Silvi.

Entretanto, por la calle, subían cinco hombres con escopetas de caza colgadas al hombro en dirección al bosque. Dos de ellos eran bien conocidos: uno, Tonet Savalls, un hombre malcarado, del Comité de

Campesinos, que vivía en la calle del Padrò; el otro, Estevet, el tío de Enric. Al pasar aquella comitiva, nadie osó abrir la boca. Era evidente que aquella imagen era el augurio de una tragedia.

El juego se había detenido y, en un momento, toda la chiquillada se encerró en sus casas. Y muy a pesar suyo, Joan tuvo que guardar el caballete y la palanca del columpio más temprano de lo que lo hacía las otras tardes.

El padre de Silvi ya había llegado del campo. Y el muchacho, sin saber muy bien la razón, al entrar en su casa, se sintió más a salvo. Su madre tenía los ojos húmedos.

–He visto como se han detenido en la casa de Bernat Roure, pero me parece que no le han encontrado – comentó su padre.

–El señor Sardó hace un par de días que tiene la farmacia cerrada y dicen que también ha huido hacia montaña. ¡No sé dónde llegaremos! –replicó Rosa.

–Silvi, ¡ve a lavarte las manos, que cenaremos!

CAPÍTULO 7

LA GUERRA

Los dos años y medio de lucha fratricida no habían pasado en vano por el barrio del Puigventós. La mayoría de los hombres fueron obligados a marchar hacia el frente para combatir a los sublevados y la calle se había convertido en un vecindario de mujeres y niños. Desde el inicio de la guerra que las cosechas y la volatería fueron requisadas por el Comité y, para esa pobre gente, el esfuerzo para poder poner algo provechoso en la boca de sus niños se hizo inmenso.

Quimet Fábregas fue llamado a filas el último año del conflicto. Durante los primeros años de guerra, en el huerto, no faltó nunca el cultivo y, a pesar de las requisas, siempre quedó algún sobrante para la familia. Pero cuando él faltó, las cosas cambiaron y, a pesar de los esfuerzos de su mujer, la escasez afloró aún más.

Pep Pujades, el vecino, bastante más joven que él, fue de los primeros en salir hacia el frente; primero, Barcelona y más tarde, el frente del Ebro. Con Remei Frigola, una chica muy impetuosa, de su misma edad, habían hecho Pascua antes de Ramos y se tuvieron que

casar con diecinueve años. Una vez esposados fueron a vivir a la casa del número quince del Puigventós. Remei tuvo a Enric, la noche de Navidad del año veintisiete, cinco meses más tarde que Silvi saliera del vientre de Rosa. Aquel invierno, ya habían transcurrido más de doce años de aquellos nacimientos.

A pesar de la amistad de los dos hijos, las madres de Silvi y Enric no llegaron nunca a entenderse. Seguramente, los prejuicios de Rosa hacia una mujer que parió un hijo antes de los nueve meses de haberse casado tuvieron mucho que ver. La guerra particular de buscar el alimento la hicieron, pues, por separado. Las gachas y el pan negro hecho con harina de maíz, y alguna fruta y hortaliza de la huerta, se habían convertido en su pobre apoyo alimentario. El aceite, el azúcar y la leche eran escasos. El intercambio, la única forma para poder sobrevivir. La desnutrición, a los chicos, se les notaba en la cara, pálida y migrada como la tenían.

Los primeros soldados nacionales habían llegado a San Juan de Castellort un domingo a primeras horas de la tarde. Ese mismo día, comenzaron a montar un pequeño campamento en las afueras del pueblo, detrás de la escuela, algo apartado para no ser visto desde la carretera. Dejaron un destacamento de soldados para poder controlar todo el valle. A aquellos hombres, se les percibía la lozanía que les daba la victoria. Y, sobre todo, la de una buena nutrición.

Aquel invierno fue uno de los más crudos que se conocieron. En Castellort se vivía la peor época desde el

inicio del conflicto: la vergüenza reprimida de la derrota militar; la marcha al exilio de familiares y amigos; el temor de ser delatado por cualquier nadería; los combatientes republicanos en retirada hacia los campos de concentración franceses; y, sobre todo, el hambre. Un hambre que ni la finalización de la guerra pudo apaciguar.

En todo momento los soldados rondaban el pueblo. En el consistorio municipal había habido los cambios impuestos por los últimos acontecimientos. El último alcalde republicano, Nito Preses, había marchado al exilio y el señor Ruscallera –el maestro de la escuela–, que no tenía ninguna connotación política, se había hecho cargo provisionalmente del ayuntamiento. Al presentarse a los vencedores, lo hicieron preso sin justificación posible. El nombre oficial de la población –que, durante el conflicto, fue Castellort, a secas– volvió a añadir el nombre del santo. Una gran señal con el yugo y las flechas presidió la entrada.

En el Puigventós, la claridad de aquella tarde se amortiguaba lentamente. En el taller de los trastos de la casa de Enric, los dos amigos, a escondidas, modelaban un trozo de corteza de pino bajo la miserable luz de una bombilla desnuda que caía del techo. De vez en cuando parpadeaba. Construían un barquito capaz de flotar sobre las aguas de algún lavadero. O sobre el remanso del Tinard. De pronto, una suave palabrería colmada de risas que procedía del patio les distrajo de su trabajo. Entre la rendija de la puerta entreabierta, observaron, sin atreverse a abrir la boca, como la madre de Enric, cogida de la

mano de uno de esos soldados que rondaban por el barrio, lo estiraba hasta llevarlo a la entrada de un cobertizo. Un resguardo que había servido de pajar; pared con pared de donde, aquel atardecer frío, ambos niños construían una barquilla que pudiera flotar sobre el agua turbia de los lavaderos del Puigventós. Era un soldado pecoso, de cabellos rojizos; muy joven. Hacía poco, les había regalado una buena porción de chocolate mientras jugaban por la calle.

La pareja entró en el cobertizo sin hacer ruido. Entretanto, los dos pequeños continuaban sin decir nada. Expectantes. Ambos sabían que lo que veían no era bueno. Que la madre de Enric, los traicionaba. Que su padre aún estaría luchando por las montañas, pasando penurias, y ella no podía hacerle aquello. La puerta del pajar se cerró. Al poco rato sintieron unos suspiros profundos, largos, acompasados, de complacencia de la mujer que se sentía poseída. Cada vez se hicieron más intensos. Más cortos. Más escalofriantes. Los niños seguían callados. La pared del lado del pajar vibraba al mismo ritmo que los gritos de aquella mujer que, delirante del placer que hacía años no había sentido, estalló, finalmente, en un jadeo de satisfacción plena. Poco a poco Silvi se había ido sintiendo dentro de unos pantalones que cada vez le venían más estrechos; Enric lloraba amargamente.

Les habían explicado que cuando un hombre y una mujer actuaban de esa forma era para engendrar un hijo. Del mismo modo a como lo habían visto y oído, tantas

veces, en los gatos y las gatas de la calle, con aquellos gritos desgarradores de las pobres hembras en celo y las largas corredizas de los machos sobre los paredones. Así que, en pura lógica, desde aquel día en nueve meses, Enric debería tener otro hermanito.

Sin decírselo, un pacto de silencio se inició entre ambos a partir de aquel instante.

Antes de que los descubrieran, de una carrera cadenciosa y ligera, rápidamente, estuvieron de nuevo en casa de Silvi, donde habían dejado a la hermanita de Enric con otras niñas más grandes, que jugaban a cacharritos de cocina.

Más tarde, Remei pasó por la casa de los Fábregas a recoger a sus dos hijos. Los encontró delante de la lumbre del hogar de leña, escuchando las adivinanzas que Rosa los leía del reverso de las hojas que, día tras día, iba arrancando del calendario de pared colgado de la puerta de la cocina.

El sol ya se había puesto y la vuelta a casa la hicieron bajo la incipiente oscuridad de una noche de luna nueva. Inesperadamente, ese día, la cena de Enric y su hermana fue más abundante y apetitosa que de costumbre. De forma que, después de cenar, cogieron el sueño plácidamente; como noches pasadas no conseguían.

Al día siguiente, los dos amigos se prometieron silencio con un pacto de sangre. Cada uno se pinchó el dedo índice de la mano derecha con un alfiler, haciendo brotar una gota de sangre. Se juntaron los dedos para que los líquidos se mezclaran. Y pronunciaron palabras de

compromiso. De por vida.

Durante una corta temporada, el hambre, en casa de la familia Pujades, disminuyó. Apenas el tiempo en que aquel soldadito burgalés, pelirrojo, rondó por San Juan.

Cuando la guerra hubo terminado del todo, tanto el padre de Silvi como el de Enric volvieron a casa. Quimet, durante la misma retirada del ejército vencido. Y Pep Pujades, después de vagar algunos meses por los Pirineos. Era cuñado de Esteve Frigola, uno de los responsables de las muertes que hubo en el pueblo los primeros días de alzamiento militar, y por ese motivo tuvo que pasar unos meses en la cárcel, tras una farsa de juicio, sumarísimo. Fue gracias a la amistad que mucho antes de la guerra había tenido con el primer alcalde que los vencedores habían elegido que no pudo ser libre; pero no sin largas y costosas diligencias por parte de su mujer que nunca le había dejado de amar. Incluso se hacía correr por el pueblo que, la libertad de su marido, el alcalde la había cobrada con especies.

Y Enric, sin que de momento lo pudiera comprender, nunca tuvo ningún otro hermanito. Pero, la semblanza de aquel soldado del ejército nacional, que una tarde fría de invierno sintió como poseía a su madre, no se la pudo sacar nunca más de la cabeza.

CAPÍTULO 8

LA NUEVA ESCUELA

El poco calor que desprendía la estufa de leña cercana a la mesa del maestro apenas llegaba al final de la clase donde estaba sentado Silvi. Sobre la pizarra, en un marco reciente, el caudillo victorioso vigilaba a los niños con mirada jovial, mientras un hombre de edad avanzada recitaba en lengua castellana un poema de Rubén Darío: «¡Ya viene el cortejo! ¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines... »

La escuela era un edificio sencillo de una sola planta, con tejado a dos aguas acabado con un gran alero y tres ventanas por flanco. Se encontraba situada en la parte baja del pueblo, al lado opuesto del Puigventós y no demasiado lejos de la carretera de San Pedro, haciendo de frontera entre las últimas edificaciones y los primeros campos cultivados, donde se extendían hileras espaciadas de árboles frutales. Todos los chiquillos del pueblo se reunían en una sola aula bajo el magisterio de un profesor. Los pequeños ocupaban la parte delantera de la sala, sentados alrededor de grandes mesas redondas. Los más

grandes, detrás, se sentaban en viejos y ennegrecidos pupitres individuales: unos grandes cajones de pino de melis con tapa inclinada, y un tintero blanco de porcelana, empotrado dentro de un agujero hecho en la parte plana de la misma madera. En su interior, las moscas, capturadas al vuelo, encontraban el ahogo letal.

Volvía a haber clase desde aquel lunes en que el señor Ruscallea, terminada la clase de la mañana y después darse a conocer a las nuevas autoridades, fue hecho preso para iniciar una amarga marcha que le habría de llevar a cualquier prisión de los vencedores de aquella injusta lucha. Fue un día oscuro, con niebla, con el suelo mojado como si hubiera llovido.

A juicio del nuevo maestro, aquella poesía, llamada «Marcha triunfal», con ese colorido y musicalidad, debía provocar cierto entusiasmo a sus alumnos. En la clase, sin embargo, nadie dio muestras de emoción. Aquel hecho sorprendió de tal manera al nuevo maestro que los mayores la tuvieron que copiar, toda entera, para aprenderla de memoria para el día siguiente. El profesor era un hombre rechoncho, corto de piernas, con apariencia de afeminado –cosa, sin embargo, que nunca nadie pudo evidenciar–, i una voz débil y cantarina. Llevaba unas gafas redondas con cristales como culos de botella. Cuando se ponía nervioso, mientras hacía cualquier explicación, movía los labios hacia delante debido a un tic nervioso irreprimible. Esto le supuso, de inmediato, el apodo de «Morritos».

Aquella, era una tarde clarísima. Los pies de Silvi

eran un hielo. Las palabras acompasadas del maestro oscilaban dentro de su cabeza mientras se esforzaba en mantenerse atento para poder copiar aquel extraño dictado. El horizonte había empezado a enrojecer. A través de los cristales de su ventana, vio como un carbonero se ponía sobre la parte más alta del primer almendro. Como, a través de las ramillas desnudas, su silueta inconfundible se recortaba, inquieta, sobre la rojez del cielo.

—¡Fábregas! —gritó don Pascual, que era así como se hacía llamar el maestro—. Repita el último verso.

Mientras adoptaba el mismo color de la puesta que acababa de contemplar, la cara de Silvi se volvió para enfrentarse con la mirada de aquel hombre. Quedó mudo.

—¡La copiará veinte veces para mañana! —dijo Morritos, sin descuidar de hacer el tic de rigor en ocasiones como aquella.

El trabajo que le venía encima no le preocupó tanto como la mala impresión que de él se llevaría el profesor en el primer día de clase. Sin embargo, no le hicieron falta muchos días para hacer cambiar la opinión del profesor respecto a su actitud en clase y demostrarle su capacidad para los estudios. Contrariamente, Enric, a pesar de los esfuerzos para parecerse lo más posible a su mejor amigo, no tenía ninguna disposición escolar y siempre iba a remolque de las iniciativas de Silvi. Las clases no le interesaban en absoluto.

Para aquellos niños de pueblo, la escuela había dado un vuelco muy difícil de digerir. El señor Ruscalleda

había sido un hombre apasionado, preocupado en inculcarles ideas de connivencia, de responsabilidad, de respeto mutuo en la libertad; don Pascual, fue un hombre riguroso que los educaba en la disciplina, la obediencia, el más estricto sentimiento religioso i el «espíritu nacional». En un idioma ortográficamente desconocido. En el desprecio por los perdedores: ellos mismos; sus propios padres, muertos en el frente, o llegados de una guerra perdida; o su antiguo maestro al que todos adoraban; o tantos otros a los que nunca más podrían volver a ver.

Cada mañana formaban frente a la puerta de la escuela, en estricto orden de altura. Cada día en el mismo lugar. En varias filas. Después, izaban una bandera que rechazaban. Entraban en orden dentro de su aula. Se quedaban de pie ante el pupitre. Rezaban. Cantaban un himno militar, larguísimo. Y, a indicación de don Pascual, se sentaban. Siempre la misma rutina.

El único provecho que pudieron sacar de todo aquel nuevo sistema de educación antinatura fue que Morritos, en cuanto a conocimientos, los tenía todos. Para Silvi, se convirtió en un gran maestro.

CAPÍTULO 9

EL DIA MÁS FELIÇ

Cuando don Pascual les pidió que escribieran la redacción «El día más feliz de mi vida» era al día siguiente del que, al haber terminado la guerra, más de la mitad de la clase tomó la comunión por primera vez. Era obvio que, para Silvi, el día anterior no había sido el día más feliz de su vida; en consecuencia, no supo relacionarlo con el título de aquella redacción. La suya se refirió al retorno a casa de su padre al terminar la guerra. No podía ser de otra manera.

El sentido religioso de Silvi era inexistente. Sus padres eran de los que no iban a misa y, a él, no le habían inculcado sentimientos religiosos. Todo lo contrario, Quimet no tenía ninguna estima ni para los curas, ni para la iglesia. Dios, debía existir, pero no valía la pena profundizar para conocer lo que así se llamaba. El trance de la primera comunión, para aquel muchacho de doce años, sólo fue un trámite que debía cumplir.

Aquel domingo de mayo, un viento frío y tempranero soplaba con intensidad y la caminata del Puigventós hasta la Vila fue pesada. Las piedrecillas se

levantaban del suelo y se proyectaban con fuerza sobre la cara de cada uno de los componentes de la pequeña comitiva que se dirigía a la iglesia. Silvi llevaba un vestido confeccionado por una vecina que cosía en casa de una modista; camisa blanca; una corbata que se ponía y se quitaba por encima de la cabeza, atada con una cinta elástica; guantes blancos; un libro en las manos; y una mezcla de laca y brillantina para un peinado que debía durar todo el día y que el maldito viento, muy pronto, malogró. En cuanto a Enric, durante todo ese día, fue un impecable marinerito.

Dentro de la iglesia, situados en las filas de delante, en riguroso orden de conocimientos del Catecismo, los niños a un lado y las niñas al otro, esperaban el momento de recibir la comunión. No habían comido nada en toda la mañana, por imperativo sacramental. Silvi era el segundo de la fila; el hijo de una mujer muy amiga del cura, el primero.

La iglesia tenía una gran nave central, altísima; y dos laterales, más bajas. Los separaban unas columnas cuadradas inmensas sobre las que se habían colgado unos pequeños retablos de madera policromada: los catorce pasos del viacrucis. Encima mismo de la doble puerta de entrada, sobre el vestíbulo, había el altillo del coro, un espacio inutilizado debido al riesgo de derrumbamiento que su ocupación suponía. A ambos lados de la entrada, los recipientes de agua bendita; y en la primera celda de la nave de la derecha, la pila bautismal. Todo el suelo estaba formado por unas grandes losas de piedra, en algunas de

las cuales se podían ver inscripciones que, de tan desgastadas, se hacían ilegibles.

El trasluz, que dejaban pasar las pequeñas luciérnagas, caía de través sobre las mantillas de encaje de las mujeres, situadas en las filas de los bancos de la derecha. Las paredes y el techo estaban enyesados de blanco, con sencillas cenefas de color azul. En algunos lugares se podían ver grietas que daban paso a regueros rojizos. Entre columnas, las naves laterales formaban pequeñas capillas, con altares minúsculos, presididos por estatuas vestidas con ropas de colores: Santa Lucía, la patrona de las modistas, con una palma en la mano y, en la otra, un plato con los ojos encima; San José, con una vara, en lo alto de la cual, florecía un lirio blanco; San Cristóbal, con una calva exagerada; San Juan, el Bautista, con una concha en la mano; la virgen de Fátima...

En la nave central, dentro del púlpito, el cura sermoneaba gritando: de la pureza del alma, de los pobres de espíritu, de la resurrección de la carne. Aquellas pobres criaturas, que desde el principio le habían escuchado con atención, no lo entendían de nada. Aquel día no les contaba las bonitas historias de los pescadores de Cafarnaúm; de David y su honda –a quien muchos habían imitado–; o de las uvas gigantes de la tierra prometida que, de tan pesados, debían transportar entre dos personas. El sermón se hizo larguísimo. De tal forma que la mayoría de ellos, desquiciados, comenzaron a tontear. Y, por ello, poco se hizo esperar una razonada reprimenda del cura desde el mismo púlpito.

Silvi, mientras lo escuchaba –ya sin oírlo–, comenzó a enviar la mirada hacia la composición del altar mayor. A través del centelleo de las motas de polvo, contemplaba la nueva estatua de San Martín. En la peana, en una placa dorada, habían escritas estas palabras: «El Movimiento Nacional al pueblo de San Juan de Castellort». A ambos lados, sobre la pared blanca, unas molduras de yeso enmarcaban sentencias en latín escritas en grandes letras mayúsculas pintadas de negro. Unos cuantos velas de todas las alturas quemaban a lado y lado del altar; una, más alta y gorda, lo presidía.

Aún le rebotaban por su cabeza aquellas frases aprendidas de memoria los días pasados.

–¿Era cristiano?: Sí, soy cristiano por la gracia de Dios.

–¿Qué es ser cristiano?: Ser cristiano es ser discípulo de Cristo.

–¿Cómo nos hacemos cristianos?...

Después de la misa, hubo el reparto de estampas conmemorativas... y las fotografías. Y más tarde, la comida en familia, con los abuelos.

Para Silvi, había quedado atrás la pesadilla de la catequesis. Todos los pecados acumulados a lo largo de toda su existencia se le habían absuelto con un padrenuestro y diez avemarías. Lo más difícil venía de ahora en adelante: confesión, misa y comunión semanal. Cada viernes debería ir a explicar a aquel cura con cara de perro sus pecados; de momento, veniales. Sin embargo era consciente de que, en breve, sus acciones contra del sexto

mandamiento se convertirían mortales. Sin remedio.

Pero, el texto de la cuartilla que Silvi había cumplimentado se refería a la llegada a casa de un padre abatido, que volvía del frente.

Al corregir la redacción, sorprendido, don Pascual no se podía creer lo que leía. Sin embargo, al haber reflexionado un buen rato y, al apreciar un nivel de redacción muy alto para la edad de su alumno, decidió no darle más importancia de la que tenía. De modo que, al entregar las redacciones corregidas y con un gesto de satisfacción en la cara, se limitó a decir:

–Fábregas; ocho. ¡Y vigile los catalanismos!

CAPÍTULO 10

GUERRA DE TERRONES

La guerra de terrones ya había empezado. La chiquillada del Puigventós combatía contra los de la Vila sobre los campos labrados de la masía de los Roure. Los rastrojos que aún quedaban bajo el olivo donde se habían refugiado mordían las piernas descubiertas de Silvi y Enric, ambos pegados al suelo viendo pasar los proyectiles que lanzaban los adversarios. En la cepa del árbol, un reguero de hormigas rojas iba y venía del hormiguero. La mirada de Silvi seguía uno de esos pequeños insectos mientras transportaba una hoja seca de olivo hasta la cima del volcán donde se encontraba la entrada de su escondite. Inesperadamente, un terrón compacto de aquella tierra ocrea estalló sobre su frente.

—¡El enemigo se acerca! —gritó, asustado, Enric.

—¡Vamos! ¡Vamos! —replicó, Silvi.

Las piernas les tocaban el culo mientras emprendían la retirada bajo un bombardeo hostil, refugiándose, a modo de trinchera, sobre el margen protector del campo donde estaba el grueso de su ejército.

—¡Parad la guerra! ¡Parad la guerra!

La voz era de un muchacho con cara de asombro del bando contrario. Asustado, se acercaba corriendo hacia sus compañeros de juego, aún con terrones en la mano, para explicarles algo trascendente.

Al poco rato, todo el que quiso –Silvi, el primero– vio, bajo la tela metálica de un somier viejo, como si se hubiera querido ocultar, el cuerpo sin vida de una niña. Los ojos abiertos mirando el cielo; sobre la barriga, las manos atadas por una cuerda con un nudo de marinero; en la boca, un puñado de paja; un vestidito de cuadros de ir al colegio; zapatos de charol. La hermana pequeña de Enric era allí, quieta, inmóvil, ante los ojos de miedo de unos niños que apenas empezaban a caminar por el difícil sendero de la vida.

El hermano vio la hermana. La muerte en los ojos. Quedó trastornado, parado, petrificado. Como una estatua de mármol blanco. Ni un llanto. Ni una lágrima. Ni un sollozo. Su cerebro no era capaz de procesar la magnitud de la tragedia. De hecho, no lo fue durante el resto de su vida. Por un instante largo, los músculos, los huesos, las articulaciones no recibían ningún tipo de señal. La tierra se olvidó de girar. El sol se fundió. Desapareció el universo.

Los ojos de Silvi eran un baño de lágrimas; prendidas en el corazón, las de Enric. No hubo ninguna palabra. Ningún lamento. El silencio. Un chico salió a toda prisa en busca de los mayores. Silvi cogió a Enric. Se abrazaron. Enric se dio cuenta de dónde estaban.

Amaba a su hermana con locura. En su casa, ella era

su único refugio. Y él, el de ella. La quería. La besaba a menudo. La mimaba. Dormían en la misma habitación. A veces, en la cama de uno o del otro, jugaban a perseguirse dentro de las sábanas; a hacerse cosquillas. Le contaba cuentos inventados. Larguísimos. Cuentos que no se acababan nunca. Que continuaban de un día para otro. Del niño Robapiñas, de la abuela Quica, del mono Peludo..., personajes que él mismo introducía en la mente de Carmen. Las historias que había aprendido de su amigo Silvi.

Al recuperar el tino, le apareció la rabia. Le salió por la garganta, como un lechón en la matanza. Maldiciones, gritos, chillidos... terrones el cielo. Al poco rato acudió la gente del vecindario. Enseguida, enviaron a los niños a sus casas. Rosa se llevó, deshechos, a los dos amigos.

El entierro no fue hasta pasados dos días. Después de la autopsia.

Unos nubarrones densos oscurecían la tarde. El coche fúnebre se llevó los restos de Carmen Pujades, del Puigventós hasta la iglesia. Detrás, a pie, vecinos y familiares la acompañaron en el más absoluto silencio, en el su última viaje a la Vila. Durante los funerales, la iglesia se hizo pequeña. Al terminar la ceremonia, después de que medio pueblo hubiera dado el pésame a los padres de la niña, los más próximos reanudaron el viaje hasta el

cementerio. A la cabeza del duelo, un monaguillo diminuto levantaba una pequeña cruz sobre una larga vara plateada. Justo detrás de él, el cura, y otros dos monaguillos, iniciaban el cortejo. A continuación, Enric y su padre, desencajados, caminaban ante una veintena de hombres entre los que había Silvi, agarrado a la mano de Quimet. Las mujeres iban al final; a puñados. La madre de Enric, desvalida, hizo toda la caminata sostenida por otras mujeres.

Dentro del cementerio, el cuerpo de aquella niña de pelo negro descansaba dentro de un pequeño y ridículo ataúd colocado sobre una plataforma con ruedas ante la boca inmensa de aquel agujero, vacío y hambriento. Silvi, los ojos fijos sobre las letras de oro de la caja, acababa de descubrir, justo en su primer entierro, la existencia de féretros de diferentes tamaños. Una salpicadura de agua bendita sobre la frente, aún magullada por el terrón de dos días antes, lo volvió a la realidad del cura que, como ladridos, recitaba frases en latín; ¡ que, seguramente, ni él mismo debía entender.

Mientras un empleado municipal ponía los últimos ladrillos para cerrar el nicho, la tarde se cerró del todo, y empezó a caer un intenso aguacero. La mayoría de los acompañantes —el cura incluido—, desafiando el chaparrón, quedaron inmóviles junto a la familia; otros buscaron el cobijo que aquel lugar no les podía dar.

Cuando el duelo se deshizo del todo, y la gente, completamente empapada, volvía a casa en pequeñas comitivas, la lluvia empezó a menguar. Sobre el cielo, se

empezaron a abrir las primeras claras. Y, entonces, el arco iris quiso sumarse a la despedida, dibujando sus colores vivos sobre una niebla blanda que humeaba por todos los campos del valle.

Sin saber muy bien porqué, Silvi asociaba «Guardia Civil» con «Guerra Civil». Probablemente, era por aquella razón que sentía un enorme abismo entre él y aquella gente, siempre con armas encima, a la que nunca debía acercarse. Ese día, sin embargo, con su padre al lado, estaba sentado enfrente de uno de esos hombres vestidos de verde y sombrero extraño. Le empezó a hacer preguntas amigablemente, bajo el repique molesto de una máquina de escribir. La conversación fue distendida; para el cabo, las conclusiones, fáciles.

Los dos amigos enseguida habían sospechado de un viejo llamado Tomás, «*el des Bou*». Aquel viejo de la boina, deslenguado y maloliente que, hasta hacía nada, pastoreaba las ovejas de la masía Roure, a orillas del Tinard. Que, de joven, había hecho de pescador en algún pueblo de la costa; que de ello le venía aquel mote. Que vivía cerca de donde comienza el camino de los cerezos, a la salida de la Vila con la familia de una su hija. Aquel abuelo chocho que a menudo les corría detrás en la salida de la escuela para darles golpes de bastón en respuesta a sus risotadas; como si se tratara de un Quijote contra pequeños molinos de viento. Aquel, a quien habían oído

decir, tantas veces, que los mataría, y no habían hecho caso. A quien, con las esposas puestas, los dos amigos vieron cómo se lo llevaron de Castelltort dentro de un coche verde guardia civil.

El padre de Enric no se repuso nunca más de la sacudida que le representó la pérdida de la hija de sus ojos. Perdió el ánimo para trabajar y empezó a encontrar remedio en la bebida. Su madre, más fuerte, tuvo que poner-se a trabajar en tareas de limpieza en casas de familias acomodadas. Gracias a ella, su familia pudo seguir adelante. A trompicones. En medio de aquel ambiente familiar, Enric, cada día que pasaba, encontró más amparo en la amistad de Silvi y de su familia. Quimet y Rosa le llegaron a tener la consideración de un hijo, de tal forma que la adolescencia de los dos amigos fue como la de dos hermanos de sangre.

CAPÍTULO 11

CARITA DE MUÑECA

El asesinato de Carmen trastornó todo el pueblo y las especulaciones sobre aquel desagradable asunto estaban en boca de todos. Volvían a aflorar viejas historias sobre Tomás des Bou.

Tomás había llegado con treinta años a San Juan para trabajar de mozo en el mas Roure. Era un joven apuesto, bronceado por el sol de marina y con bastante éxito con las jóvenes castellencas. Se dijo que tuvo un lío con la dueña de la casa donde servía, de tal manera que el segundo descendiente de la casa, Bernat Roure, era hijo suyo: nadie lo podía afirmar, pero su fisonomía tiraba más hacia mar que hacia montaña. Había quien decía que el asesinato de Bernat a manos del piquete rojo le había afectado notablemente. Se había casado con una chica que era una tonta soleada de quién tuvo la hija con la que compartía techo. De un tiempo a esta parte, vivía en una situación de desconcierto creciente debido a su vejez. Nadie sabrá nunca la verdadera causa que lo llevó a matar a Carmen: si únicamente fue por enajenación mental o si se mezcló con el sentimiento de venganza por la muerte

de su hijo bastardo, hecha realidad con el asesinato de aquella muchachita que llevaba sangre de uno de sus verdugos.

Los dos amigos quedaron muy afectados por los hechos que acababan de vivir. Sin embargo, para ellos, que tenían toda una existencia por delante, la vida debía continuar.

Silvi fue un chico soñador y reflexivo. La bondad le derramaba por todas partes. Razonaba todo lo que hacía y actuaba con los pies en el suelo. Seguro de sí mismo. Comunicativo. A veces, explicaba a Enric las historias de algún libro que había leído, o algún chiste. O le daba consejos de cómo comportarse con las muchachas. Él se reía, o no la escuchaba.

Enric, en cambio, era más brusco. Más reservado. Encontraba en su compañero la complicidad de un confidente y la cordura de un hermano mayor. Era un chico escuálido, con el pelo largo, negro. Despeinado. Desgarbado. La mirada profundo de unos ojos pequeños. Cuando se enfurecía, el brillo le salía de las pupilas; la mala leche, por la boca. Desde la muerte de Carmen que no se pudo sacar la tristeza de la cara.

Nunca hubo secretos entre ellos. Su amistad fue de las sinceras. De las que no se rompen por poco. Siempre se les veía juntos: en la escuela; sobre los campos, jugando a las guerras más feroces; en las riberas de los arroyos, construyendo casuchas entre cañares; en los ribazos, recogiendo cerrajas para los conejos de Rosa; o ayudando a Quimet, en los trabajos de hortelano. Vivían

el uno por el otro. En aquellos años de niñez, poco podían imaginar la larga separación que el destino les tenía preparada.

Cuando se acabó la escuela, para Silverio empezó el trabajo en el campo, junto a su padre, un empleo que no lo cautivaba excesivamente. Para Enric, la continua lucha por la pervivencia: ahora, un trabajito; mañana, otro.

Dejadas atrás las travesuras de infancia, comenzaron los primeros acercamientos a las hembras, el bailoteo de las noches estivales de los sábados en el Casino, las subidas de Silverio al torreón para contemplar las estrellas. Los primeros hechizos. Cuando la ninfa de quien se había enamorado una noche sideral lo dejó por un chico mayor, Silverio quedó decepcionado, deshecho. Todos los sueños ahogados. Le parecía que el mundo le tenía que caer encima. Esta vez, fue Enric quien lo tuvo que sacar a él, tan seguro de sí mismo, del hondón del pozo. Y fue así como empezaron las salidas de parranda hacia los pueblos vecinos. Los dos amigos siguieron siendo inseparables. Hacían las noviecitas de dos en dos: la más lista, Silverio; la más bonita, Enric. Y entre cortejo y cortejo, llegó el día de ir a servir la patria.

Los reclutaron el mismo año. Únicamente aquel servicio militar los consiguió separar por primera vez. Tres años. Sin permisos. Enric, a Ceuta; Silverio, a Valencia. Enric volvió de África con una gonorrea de narices.

Y fue pasado el servicio militar cuando, una noche de un sábado de verano, Silverio descubrió el encanto de

aquella jovencita con la carita rosa y fina de una muñeca: Mercè. Nunca antes se había fijado en ella. De hecho, siempre la había considerado una chiquilla. Una chiquilla, pero, a quien apenas llevaba cuatro primaveras. Sentada, risueña, entre sus amigas en una sillita de la pista de baile del Casino, iba vestida del color del azul del cielo de un día claro, como sus ojos: la falda plisada; un lazo recogiendo una melena de color cobre, revoltosa, ancha, que le caía sobre la palidez de unos hombros tempraneros; el escote redondo, con una collar de bolas azules, como los pendientes; zapatos de tacón; los brazos desnudos. Una carita de muñeca con un flequillo recortado sobre su frente; ojos grandes; las pestañas largas, levantadas; los labios, los pétalos de una rosa; la felicidad en la cara.

Sobre el entarimado de una glorieta, detrás de unos atriles con letras plateadas, los músicos tocaban «Ojos Negros». Las bombillas de colores colgaban de los bordes del tejadillo y de las ramas de las moreras del patio que rodeaba la zona de baile. Su claridad dispersa impedía ver el cielo de aquella noche sin estrellas. La pista estaba llena de bailadores. Unas vallas bajas de madera, verdes y blancas, la separaban del patio. Detrás, las madres vigilaban de reojo a sus niñas, algunas de las cuales aún permanecían sentadas.

—¿Quieres bailar? —se acercó Silverio.

Mercè se había fijado en él desde que era una niña. Cuando dijo «bueno», toda la sangre le había subido a las mejillas. Y unos ojos de pánico y gozo, se le abrieron para toda la noche. Esa noche bailó más con Silverio de lo que

nunca lo había hecho con ningún otro chico. La cosa que, hasta aquel momento, le hubiera gustado más en la vida.

En ese primer baile hablaron poco. El delicado contacto de los cuerpos era saboreado por ambos con intensidad máxima. La mano izquierda de él cogiendo los dedos de porcelana de la mano derecha de ella; la derecha, sobre la línea honda de una espalda tierna cubierta por la blandura de la gasa de la blusa. La mano izquierda de ella, caída sobre el brazo de él. Los cuerpos táctiles: las puntas de los pechitos en flor rozaban ligeramente el tórax de él; el miembro erecto cosquilleaba la barriguita de ella. Las mejillas de ambos, juntas; la de él sobre la de ella.

Los bailoteos de los sábados entre ambos se hicieron largos. Y empezaron los recovecos nocturnos para volver a casa, nunca cerca del torreón. Mercè bailaba como los ángeles; él, como los gansos. Sólo se desenvolvía dignamente con los valsos y los pasodobles. Con el paso del tiempo, no tuvo más remedio que ir aprendiendo. Al final de aquel verano el cortejo era evidente. Los padres no se opusieron.

Mercè Mont era la hija mayor del panadero de la calle Mayor. Despachaba en la panadería desde pequeña. Con un aire jovial y despreocupado, lleno de simpatía.

El noviazgo duró dos años. Durante los últimos seis meses se dedicaron a ordenar el piso donde irían vivir, sobre la tienda, también propiedad de los padres de Mercè. Y allí, entre roces y encaladas, iniciaron el cortejo de los cuerpos, el que el baile o los paseos nocturnos no

les habían permitido.

Se casaron enamorados, ilusionados, un sábado por la mañana, bajo la mirada petulante del corcel de yeso de San Martín. En los bancos de las primeras filas se sentaban los padres de ambos. Quimet no podía ocultar la inquietud que le producía aquella punta de gozo; se le veía un hombre feliz. Rosa, ingrávida, sólo pensaba en el hurto que aquella muchacha le hacía del hijo. Su amado y único hijo. En la otra bancada, los padres de Mercè se mostraban ufanos. Mientras, en el altar, el cura con cara de perro latineaba. Y, en los últimos bancos, un viejo que llevaba unas gafas con cristales como culos de botella no paraba de mover los labios. Por un momento, una mirada profunda, intensa, cargada de orgullo se dirigió desde los ojos de Silverio hacia los de su madre. Era una mirada de las que hablan. Todos aquellos años de obstinada indiferencia, de falta de sentimientos, la habían ido alejando del hijo. Ella, poco a poco, se había ido dando cuenta. Pero, era a partir de ese momento, inevitablemente, que lo perdía para siempre. Esto era lo que le decía aquella mirada que le atravesaba el alma. La mirada del hijo al que, a pesar de todo, tanto amaba. Poco a poco las lágrimas de un llanto cerrado le empezaron a entelar los ojos. Hasta negarlos.

La comida, sencilla, la hicieron en el Puigventós. El viaje de bodas, a Barcelona. La primera noche, en una pensión de la Rambla. Se desfloraron el uno al otro, con la parsimonia que da la dulzura del enamoramiento. La estancia en la ciudad duró una semana. Durante el día, la

visita a la urbe: Montjuïc, el Tibidabo, el barrio gótico...; de noche, la pensión de la Rambla. El aprendizaje de hacer el amor se hizo rápidamente. Al finalizar el viaje, eran unos expertos; ambos.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 12

VENDIMIA

El último domingo de septiembre del año de la boda de Silverio y Mercè, en San Juan de Castelltort, todavía hacía un calor insoportable. Como cada verano, ese día, toda la familia se había reunido para la vendimia. El padre de Silverio y su tío Luis habían acarreado con el carro las portaderas llenas de uva hasta la era del Puigventós. Al amanecer todos los componentes de la familia habían iniciado la cosecha de las uvas. Primero, en el viñedo de los Fábregas; a continuación, en el del tío. El tío Luis, trabajaba en una fábrica de ladrillos de Vilatorr pero, cuando no estaba en la fábrica, se ocupaba de tres jornales de tierra, apalabrados en aparcería: unas cuantas tiras de cepas entre las que plantaba forraje de alfalfa y berzas de tres años.

Bajo un sol de justicia, en la era del Puigventós, los hombres habían comenzado a pisar las uvas con los pies descalzos, descamisados y los pantalones arremangados hasta las rodillas. Lo hacían dentro de unas cuantas portaderas a medio rellenar. Sudaban. De vez en cuando, paraban un instante para secarse las gotas de la cara;

bebían agua fresca de un cántaro; y, con los pies, volvían a chapotear dentro de las portaderas. La pulpa de las uvas, pronto, comenzó a dar una mezcla jugosa, roja como la sangre.

Entretanto, Quimet, en la bodega de su casa, preparaba las viejas barricas de roble. Quemaba mechas de azufre en su interior. Inquieto, alejaba los niños que, de todo el barrio y como cada año, había acudido a presenciar la función.

—¡Chiquillos..., fuera de las barricas, que pueden reventar! —les repetía.

Y los niños volvían a la era para rodear a los pisadores de uva. A burlarse de ellos dando saltos a su alrededor. Como simulando la locura de un baile baconiano.

Con el primer mosto se cargó la barrica del rincón: un envejecido barril ovalado, de círculos oxidados, y sobre el que, unos pequeños arácnidos blancos habían desplegado apretadas telarañas. Poco a poco, el resto de toneles, azufrados, también fueron llenos. En su interior, el líquido endulzado iniciaba el reposo para una fermentación paciente. La rapa y la cascarilla, junto con el resto de la uva, se cargó sobre el carro hasta la prensa de la Cooperativa. Lo tiraba el hijo de aquella yegua que tan sólo el paso del tiempo pudo abatir: un rocín negro con una mancha blanca sobre la frente, algo impetuoso. Silverio, manejando ligero las riendas del caballo al lado de su padre, empezó a enfilear la calle, en dirección a la Vila.

Al pasar por delante de la casa señalada con el número quince, una niña salió corriendo del portal de su casa. Sin mirar, se adentró en la calle y se estrelló contra los radios de la rueda del lado derecho del carro. Rebotada, cayó al suelo. Un llanto intenso salió de su garganta mientras, con una fuerte tensada de bridas, Silverio hizo parar el carruaje unos metros más abajo. Dio las correas a su padre y bajó de un salto de la sillería. La niña tenía una buena magulladura en la frente pero por suerte, de sangre, no había rastro. Al contemplar aquella muchacha de cabellos oscuros, Silverio recordó a Carmen; aquella niña de diez años que había visto muerta bajo los hierros de un somier, que vivió en la misma casa de donde había aparecido la que tenía en brazos; la hermanita de su amigo del alma. Mientras los llantos se amortiguaban, la madre salió de la casa y cogió a su hija que ya se iba rehaciendo del susto.

Silverio subió de nuevo al carro, tomó las riendas de la mano de su padre y continuó el viaje. Puigventós hacia abajo, sus pensamientos fueron para su amigo.

A partir del día en que a Enric le faltó la hermana, las cosas le fueron de mal en peor. Al terminar la escuela, se puso a trabajar de peón en la construcción; más tarde, a ratos, hizo de camarero en el café del Casino y, al volver del servicio militar, se fue hacia la costa. Pep Pujades –su padre– alcohólico, murió joven de una cirrosis hepática galopante. Su mujer, Remei, había tenido cuidado de él hasta el último instante. Después, ella se fue de Castell para servir en Barcelona. Aquella casa del Puigventós, de

tantos recuerdos, de tantas añoranzas, de tantas pesadillas, volvía a estar ocupada; para una familia de inmigrantes andaluces.

Los hombres de la casa ya habían vuelto de la Cooperativa y, a la hora de comer, en el número nueve de Puigventós, toda la familia se sentó en la gran mesa dispuesta bajo el fresco que proporcionaba el níspero del patio. Rosa había preparado un jugoso arroz a la cazuela abundante en trozos de conejo. Sobre la mesa, una espléndida ensalada, llena de color, sobresalía de la inmensa ensaladera que la contenía. De postre, había preparado frutos secos y uvas. Dentro de dos platos hondos, puso –cáscaras incluidas– las almendras tostadas que durante la mañana había ido rompiendo. En otro, higos secos. La uva, la había traído su marido del viñedo días antes de la vendimia. Hubo café para todos. De calcetín. Y de licor, coñac por los hombres, anís del Mono para Rosa –que le gustaba una ápice más de lo habitual– y estomacal Bonet para Mercè. Un aperitivo. Un caliqueño torcido hizo más prolongados los coñacs de Quimet y del tío Luis. Silverio no era fumador pero, en días como aquel, un par de caladas de un celta corto de los que fumaba su padre parecía que le eran exigidas.

La sobremesa duró hasta bien entrada la tarde, cuando un sol rojo crepuscular empezaba a eclipsarse tras el tabique que separaba el patio del huerto.

Mientras las mujeres lavaban los platos, Silverio había sacado la radio de sobre la repisa de la cocina y, con un alargador, la había instalado sobre el poyo del porche. Las tardes de domingo eran tardes de fútbol. La liga había comenzado hacía pocas semanas y, aquel domingo, el Barça jugaba fuera.

–Ramallets, Biosca, Segarra, Seguer, Vergés... – anunciaba el locutor desde el interior del aparato.

–Tan bueno como dicen que es Ramallets y no he oído decir nunca a nadie que marcara algún gol –dijo Quimet haciendo un chiste que había escuchado no hacía mucho.

Quimet era un hombre corto de palabras, acostumbrado a faenar solo. Casi nunca iniciaba una conversación, pero en las cosas del fútbol era otra persona. No había ido nunca al campo del Barça. De hecho, no había ido nunca a Barcelona. Probablemente, sin embargo, habría sido uno de esos aficionados que, en un partido como aquel, dejaban la voz a la grada para toda la semana.

Aquella jornada el Barça tenía un rival difícil. Pero, in extremis, el equipo se salió con la suya; aunque no pudiera jugar Ladislao Kubala –el ídolo húngaro– a quien acababan de pronosticar una tuberculosis.

El día de vendimia había ido bien en todos los sentidos: las botas llenas, una buena comida y, para redondear, el Barça, continuaba líder del campeonato de liga.

CAPÍTULO 13

LA TIMBA DEL DOMINGO

Como cada domingo por la tarde a esa hora, más de la mitad de las mesas del café estaban llenas y el intenso humo que desprendían los cigarrillos se podía cortar con un cuchillo.

Era un local amplio, lleno de columnas de fundición, finas y esbeltas. Con un conjunto de cerchas de madera que soportaban el envigado de una cubierta altísima. En uno de los laterales, cinco grandes espejos daban una sensación de mayor amplitud; al otro lado, los carteles que anunciaban las últimas orquestas que habían actuado en el Casino. En todo el espacio central, se repartían al azar mesas rectangulares de mármol blanco y pies de hierro fundido. Al fondo, una mostrador alto y el bigote de un camarero. Detrás, sobre la pared, botellas de todo tipo de licores iban de un lado a otro.

Apoyado en una esquina de la barra, otro camarero moreno, delgado, alto como un San Pablo, sudaba la gota gorda: pantalón negro, camisa blanca entreabierta, un delantal blanco ceñido a la cintura, el bigote y el peinado como el de Clark Gable. Esperaba la señal de algún

cliente para acercarse con diligencia. Haciendo volar, sobre las molleras de los entablados, la bandeja redonda y plateada que braceaba como nadie.

La *botifarra* que se jugaba en la mesa donde se sentaba Silverio era de las más interesantes. Aparte de los cuatro jugadores, cuatro hombres más, quietos como estatuas, rodeaban la mesa ahorcgando sus sillas: los brazos, juntos sobre la parte superior del respaldo; encima, la cabeza inmóvil; los ojos de complicidad, fijos sobre el vano de la baraja que los mostraba su jugador.

Un mutismo intrigante tenía pendientes los ocho hombres, como en un ritual ancestral. Sólo lo rompían los puñetazos de poner las cartas sobre el tapete de felpa que cubría la mesa, verde como el césped, o algún grito ininteligible para los profanos

–¡Delego! –gritó Silverio en iniciar un envite.

–¡Triunfos, oros! –dijo el de delante, después de un corto silencio.

Detrás de aquella larga mudez, rota solo por los embates de las dejadas, a ratos acompasados, se rompió el silencio.

–¡Arrastro de manilla! –gritó el que hizo triunfos, al tiempo que golpeaba mucho más fuerte sobre el tapete dejando el nueve de oros.

–¡Hostia, Martí!

Más silencio y golpes de mesa cada vez más seguidos.

–¡Todo nuestro! –finalmente dijo Silverio recogiendo las cartas que quedaban sobre la mesa.

Las estatuas se deshicieron. Bocanadas de humo. Y, el silencio se convirtió en disputa apasionada.

–¿No ves que dejó la puta de bastos?

–¡Si no tengo un coño de figura!

Y Silverio replicó a su compañero.

–¿Por qué no cantabas *botifarra*?

–¡Le falla un palo! –se avanzó el *voyeur* de su compañero.

La discusión se desvaneció. Contar, dar y volver a repetir el ritual.

Al fondo de la sala, más allá del mostrador, una puerta con una cortina de colores vivos daba al patio. Un patio también lleno de mesas con pies de hierro y mármol blanco rectangular, que bordeaban la pista de baile. La pérgola de los músicos estaba vacía. Todo estaba vacío, excepto cuatro o cinco de aquellas mesas. En una de ellas, Mercè tomaba una horchata. Siset, su único hijo, que era un nervio, entraba y salía del local del humo, para chupar, con una paja, una grosella con gaseosa.

Hacía días que Mercè flojeaba. No tenía ánimo para nada. Estaba preocupada, a la espera de unas pruebas que le debían hacer en un hospital de Barcelona. Aquellas tardes de domingo en el Casino, mientras su marido jugaba la partida, y la posterior ida al cine para ver un par de películas, le sacaban las preocupaciones de la cabeza.

CAPÍTULO 14

SAN CRISTÓBAL

Las cintas de colores y los gallardetes colgaban de los manillares de las motos engalanadas. Se habían concentrado en el descampado que había al final de la calle Mayor, en la confluencia del camino de los cerezos con el del cementerio. También se habían reunido unos cuantos coches: cuatro o cinco Seiscientos, que ese día lucían como nunca; el Escarabajo color verde oliva del doctor Valls; el Cuatro-por-cuatro de Marcelino; el Mil cuatrocientos del farmacéutico; un Biscúter plateado; y la *Rubia* que hacía el taxi, llena de chiquillos asomándose por las ventanas. A pesar de su abundancia, en aquella concentración, las bicicletas no estaban permitidas.

El cura se había situado en la plaza, ante las escaleras de la iglesia. Tenía la imagen de San Cristóbal a un lado, sobre una pequeña tarima. En el otro, un monaguillo le sostenía el calderillo de agua bendita del aspersorio.

Silverio, camisa blanca de manga corta, conducía una moto de la marca Lube; Siset la acompañaba en el asiento trasero, pegado a su espalda como una lapa.

Mercè había preferido quedarse en casa para no perder el hilo de aliento que le quedaba. Los informes médicos que habían llegado de Barcelona no eran alentadores.

La Lube era una moto de color rojo parduzco, fabricada en el País Vasco, que Silverio había comprado de segunda mano. De aquellas que aún llevaban la palanca del cambio de marchas junto al depósito de gasolina. La limpiaba con delicadeza. Para aquella ocasión, incluso le había quitado la grasa del motor con petróleo.

Al menos un par de veces cada verano, la utilizaban para ir a pasar el día en el mar. Los tres: Silverio, diestro en la conducción; Mercè, de lado, en el asiento de atrás; Siset sentado sobre el depósito. Unos pulpos de goma fijaban la cesta de mimbre sobre el portabultos de cola. Dentro, dos toallas, un mantel, una botella de vino, platos, vasos, cubiertos, un pan de payés, fruta, una fiambarrera con ensalada rusa y otra con tortillas de patata. Como que no estaban permitidas tres personas sobre la moto, al llegar a la carretera general, tomaban atajos para evitar encontrarse con los guardias de tráfico.

La costa estaba en un buen rato de Castell, pero el viaje valía la pena. Dejaban la moto entre los palmitos y las salicornias de una playa larga, de arena fina. Cargados con todos los utensilios, atravesaban los pinares de una pequeña colina. Pasaban por senderos de tierra arenosa, por entre grandes surcos hechos por el agua de lluvia en su fuga hacia el mar; sobre pasarelas que bordeaban precipicios junto al agua. Las cigarras cantaban sin parar, hasta perder la voz y la vida. El aire desprendía olor a mar

y a pino, con un olor preciso. Descendían a reculones hasta una cala escondida por el verde de los pinos y el azul del mar. La rodeaba un roquedal abrupto, altísimo. Los guijarros gordos del suelo impedían un andar fácil. Ponían el vino y la fruta al frescor del agua del mar, en cualquier rincón. Silverio cogía pulpos, hundiendo dentro de las rocas un trozo de trapo blanco atado a la punta de una caña; también sacaba erizos de un marrón negruzco; se zambullía en el agua cristalina. Siset jugaba a perseguir cangrejos en sus carrerillas entre las grietas de las rocas; arrancaba las lapas de sombrerito más gordo; miraba el nadar de los peces; perseguía doncellas, con sus colorines; chapoteaba junto al agua. Mercè nadaba en el agua transparente; tomaba el sol; entraba y salía del agua, caminando torpemente entre los guijarros redondeados. Abrían los erizos que más tarde comerían con un trago de vino tinto, con la precaución de no clavarse ninguna de sus púas. Subían al pinar para comer bajo la sombra. Hacían la siesta. Por la tarde, se volvían a bañar. Hasta que la sombra de las copas de los pinos se apoderaba de toda la cala.

Al descampado del final de la calle Mayor, Lluís Mont, el hermano de Mercè, conducía una Rieju gris, con sidecar. Iba tapado de la cabeza por una gorra con calientaorejas y gafas de motorista. Su mujer, pantalones estrechos, negros, se sentaba detrás con un pañuelo verdoso atado en la cabeza. En la cesta, las tres hijas; más alegres que unas pascuas. Ellos eran una de las principales atracciones de la comitiva.

Uno tras otro, a bocinazos, los vehículos iban tomando la calle Mayor hasta llegar a la plaza donde los esperaba el cura con el hisopo en la mano; las motos delante, los coches detrás. Se paraban delante del cura. Los conductores besaban el santo. Recibían una buena salpicadura de agua bendita; una frase imprecisa, inventada para la ocasión; y continuaban calle abajo con una cierta velocidad. Los mirones llenaban la plaza. Una Gutzzi hacía la perla. Las campanas no paraban de repicar.

El recorrido terminaba en la plaza de la Hermandad. Pero, Silverio, al llegar a la altura de la panadería, entró en su casa para poder estar, lo más pronto posible, con su mujer.

CAPÍTULO 15

MUERTE I SUFRIMIENTO

Era uno de esos días en los que la pobre Merced se sentía consumir por dentro. Ya veía perdida la intensa lucha que mantenía con la enfermedad. No tenía ánimo para abandonar el lecho de la agonía. Aquella chica vital por naturaleza que, en todo momento, llevaba la sonrisa dibujada en la cara se encontraba en la puerta de la muerte, en plena flor de la vida. Silverio temía llegar a aquellas horas de la noche en que, al tumbarse en la cama junto a su mujer desfigurada, comenzaba un profundo sufrimiento compartido. Se mezclaban tantas cosas: el intenso amor de pareja; la mentira de quien sabe, para con quien no quiere saber; el dolor físico de una intensa roedura interior; el llanto; el lloriqueo; la oscuridad de la noche. Y, otra sensación de dolor más fuerte, más aterradora, indescriptible. Que no podía dejar de lado. Que únicamente se desharía de ella con la muerte de la mujer.

La habitación donde reposaba Mercè era en penumbra. Sobre una antigua cómoda negra, se veía relucir la fotografía de la boda. La iluminaba el resplandor

de la bombilla que colgaba de una farola en el otro lado de la calle Mayor, la única luz que entraba a la estancia a través de una discreta ventana con los postigos a medio abrir. Sobre la cabecera de la cama se aguantaba una cruz de madera con la figura esbelta de un cristo medio descolgado. En una de las mesillas, un pequeño transistor mudo; en la otra, cajas de medicamentos junto a un zumo de naranja a medio beber.

Siset había entrado, como cada atardecer, a dar las buenas noches a su madre. Ella quiso aprovechar ese momento, los dos solos, para despedirse de su hijo de diez años. Alargó el brazo para coger sus manos. Tenía los ojos medio empañados, pero la voz serena.

—¿Me quieres, hijo?

—Claro que sí, mamá; te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho... ¿ya has hecho los deberes?

—Sí. Hoy eran fáciles.

—¿Te ha dicho papá que estoy muy enferma?

—Sí. Pero ya te curarás.

—Me has de prometer que, si no me puedo curar..., y me voy de este mundo, ayudarás papá. ¿Eh que sí?

El niño no sabía qué contestar; estaba confuso y asustado.

—No digas esas cosas, mamá.

Los lagrimales de Mercè pronto estuvieron llenos y las primeras lágrimas comenzaron a resbalar sobre sus mejillas.

—En esta vida tienes que ser una persona honrada y

respetar a todo el mundo..., y ayudar papá. ¿Eh que sí?

–Sí, mamá; pero no llores.

–¡Si no lloro! –y empezó a frotarse los ojos con el lomo de la mano izquierda mientras que con la otra, apretaba aún más fuerte las manos de su niño.

–¡Va!, ya no lloro más –le dijo después de un débil y largo respiro–. Ve a buscar aquel cuento que, ayer, me empezaste a leer.

Y cuando estuvo fuera de la habitación, Siset se cerró en la despensa de la cocina para estallar en un llanto profundo; ronco y deshecho. Al cabo de un rato, poco a poco y de forma cadenciosa, los sollozos se fueron apaciguando. Durante todo ese espacio de tiempo, eterno, su padre, expectante, de pie en la cocina, no hizo nada para detenerlo. Tardó otro rato a salir y, cuando lo hizo, padre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo, lleno de bramidos y sufrimiento. Con su hijo en los brazos, las piernas de Silverio eran un temblor. Le venían a la cabeza fugaces preocupaciones por el futuro. Pero, en ese momento, anémica, su pobre mujer le esperaba en la habitación donde pronto daría su último suspiro. Y la noche, otra larga noche, se le venía encima.

CAPÍTULO 16

FIESTA MAYOR

A pesar de la muerte de Mercè, la fiesta mayor de aquel verano también llegó a San Juan de Castelltort el segundo domingo de agosto. Como cada año.

Por la mañana, el alguacil, guarnecido con su traje de gala, hacía sonar, estridente, el cuerno plateado por todos los rincones de Castell. Con voz ronca, pero entonada, pregonaba las actividades de ese día de fiesta. Al terminar, una retardada señaló el inicio de la fiesta. Después, los chiquillos, tras la pequeña banda municipal, resiguieron de nuevo todo el pueblo para sacar de la cama los pocos dormilones que aún quedaban entre las sábanas.

Silverio continuó viviendo, con Siset, en la casa de la calle Mayor, sobre la panadería. Mientras estuvo casado la relación con sus padres se mantuvo distante. Aunque a menudo iba a ayudar a Quimet en los trabajos del campo, los contactos de toda la familia fueron esporádicos. No pasaba de una decena de veces al año. A pesar de eso, nunca hubo una palabra más alta que la otra. Con la desgracia, Rosa volvía a ocupar el lugar que le hurtó Mercè y empezó a visitar a su hijo para ayudarle en los

quehaceres de la casa.

La tarde de ese día de fiesta era clara y soleada. El calor apretaba fuerte. Padre e hijo estaban en el balcón del comedor. Podían ver toda la calle adornado con largas hileras de banderitas de papel, de color rojo y blanco que iban de un lado a otro de la calle, haciendo zigzag. Muy variadas, la mayoría, de países inexistentes; periódicamente se volvían a repetir. Era estimulante interpretar que aquella, con cuatro barras verticales, era la *senyera*. O preguntarse qué pintaba la de Japón en aquel pequeño pueblo catalán. Pero, la mujer de Silverio ya no podía ver aquellas banderitas rojas y blancas que eran las mismas de cada año. Los dos hombres, solos, esperando el paso de los gigantes y los cabezudos por debajo de su balcón, veían la alegría de sus vecinos en las ventanas y azoteas de aquella estrecha calle Mayor. La alegría que, a ellos, se llevó consigo la mujer que ambos amaban. Pero cada día que pasaba se entendían mejor y, por ese motivo, la pena compartida se volvía más soportable.

Antes de comer habían ido a tomar el vermut a la plaza: un vermut negro para el padre, una Pepsi para Siset, y una tapa de aceitunas para ambos. Allí se habían encontrado con el abuelo Quimet que jugaba la partida. Los músicos tocaban sardanas. Así que los vio, el abuelo se apresuró a dar cinco duros a su nieto para que se los gastara en las paradas. Siset se tomó la Pepsi tan deprisa como pudo y, presto, se juntó con los otros niños de la plaza que jugaban al pilla-pilla entre los círculos de sardanistas. Silverio, mientras tanto, no se añadió al baile,

aunque habitualmente era de los que contaban y repartían las tiradas. El corazón le saltaba. La última, fue una sardana que había sido compuesta expresamente para ser interpretada por un músico de Castell: en Met. Un gran amigo y vecino del abuelo Fábregas, que a menudo afinaba la tenora, ventana por ventana, de la de Silverio, al otro lado de la calle, cuando, antes de casarse, vivía en el Puigventós.

Al terminar las sardanas, padre e hijo fueron a gastar los cinco duros del abuelo en los puestos de la feria, en la plaza de la Hermandad: una tómbola, a rebosar de muñecas todas iguales pero con trajes diferentes; un chiringuito para los más pequeños donde se pescaban ranas de plástico, y donde siempre había premio; una caseta con escopetas de balines con las que tenías que hacer puntería a palillos, a bolas, o pequeñas portezuelas que se abrían para sacar barriletes llenos de licor; otra en la que un hombre de un moreno gitano, bajo una sombrilla rosa completamente descolorida, cargado de relojes sobre una mesita plegable, jugaba a adivinar dónde iba a parar el as de oros de entre tres cartas dobladas que había hecho mover con rapidez; y por último, la barca. La barca era la atracción que llegaba primero y marchaba más tarde. Era una barquilla blanca, con uno ribeteado azul. Cabían dos personas. Colgaba de un eje transversal altísimo aguantado por dos estribos que formaban triángulo con el suelo. Cuando las mecidas eran más altas, los chillidos se sentían por encima el rumor del griterío de la gente de la plaza que, al terminar el toque de sardanas, enseguida

estuvo llena. El dinero del abuelo lo gastaron en la parada de las escopetas de balines. Haciendo caer bolas. Después, fueron a comer en casa de padres de la Merced y, cuando fue la hora del desfile de la tarde, ya estaban en casa.

El ruido de los tambores resonaba calle Mayor abajo y los cabezudos empezaban a desfilar conducidos por los niños. Había cuatro parejas. Todos, con nombre y apellido. Los «viejos» eran Cintet y la Cinteta Pelaventes. Los «agricultores», Estevet y Gertrudis del camp de la Garza. Los «gemelos», Quico y Quica de ca na Xumeua. Y el «cura y la ama de llaves» eran Mossèn Vadó y la Rosario. Silverio, de más joven, había ido dentro de la piel de cartón de la Gertrudis, al tiempo que Enric era la Quica Xumeua.

Detrás de los enanos aparecieron los gigantes: el rey y la reina. El rey, según se decía, era el conde Wifredo el Velloso: bajo una corona dorada, llevaba una espesa cabellera y los dedos de la mano derecha le aguantaban un pergamino. Su mujer sostenía un ramo de flores, también en la mano derecha y, como su marido, iba ataviada con una gran túnica. Verde, él; morada, ella. Para pasar por debajo de las hileras de banderitas de la calle Mayor, tenían que ir haciendo reverencias a sus súbditos y, entre una y otra, giraban peligrosamente, simulando breves bailes medievales a toque de grallas y tambores.

El festivo rumor del pequeño cortejo se perdió, lentamente, hacia la plaza de la Hermandad, entre los chiringuitos de la feria. Y la quietud de siempre volvió a apoderarse de aquella vieja, larga y empinada calle,

entonces engalanada. Escondida entre sus casas envejecidas, parecía permanecer, de nuevo, al margen de la fiesta.

Por la noche, se despegó un magnífico castillo de fuegos artificiales desde el torreón. A las diez, la gente se agolpaba detrás las escuelas para contemplarlo más de cerca. Puntualmente, se inició aquella última manifestación de júbilo: el zumbido de los cohetes daba paso al estruendo de los truenos; el fuego estallaba en el cielo para dibujar los colores de las palmeras; el ruido estrepitoso del espectáculo retumbaba por todo el valle. Un espectáculo de ruido, fuego y colores que, por unos minutos, parecía haber convertido Castelltort en el centro del universo.

CAPÍTULO 17

VOLVER A VIVIR

Dos años largos que Mercè ya no estaba. La abuela Rosa había llevado a Siset al Puigventós, para pasar allí el último mes de vacaciones y, por ello, aquel sábado al atardecer, Silverio se encontraba sin el niño, solo, en su casa.

Elvira había telefoneado para devolverle la máquina de escribir portátil que él le había dejado un par de meses atrás. Silverio la había invitado a cenar pero ella le había dado la excusa de una reunión a la que no podía dejar de ir. Era la hija mayor de un campesino de San Pedro, soltera, a pesar de haber tenido una relación de pareja que no había fructificado en el tiempo. La conocía de las asambleas del comité regional del Sindicat de Pagesos en la que ambos pertenecían. La veía como una persona liberal, enérgica, emprendedora a más no poder.

Cuando el timbre sonó, Silverio estaba en la cocina terminándose una taza de café y con un libro en la mano: *La tía Tula*, del Unamuno. Un libro, de una de esas colecciones inacabadas y de uno de los autores preferidos de don Pascual.

–¡Pasa! Has venido pronto.

–Sí. La reunión ha terminado más temprano de lo previsto –contestó Elvira, todavía medio sofocada después de subir las escaleras.

Llevaba la máquina dentro de una funda, cogida en la mano como si fuera un maletín.

–Déjala aquí mismo –le dijo Silverio señalando una mesita que había justo a la entrada.

Se hizo un silencio intenso. Era la primera vez que se encontraba solo con una persona del otro sexo desde que le faltaba de su mujer: una persona con la que había hablado muchas veces, agradablemente, y a la que, en ese momento, no sabía qué decir.

Para romper el hielo, la hizo pasar a la cocina donde, mientras hablaban, le podría preparar una taza de café con leche que Elvira había aceptado de buen grado. Se sentaron a la mesa, uno frente al otro, y comenzaron una larga conversación. Hablaron por los codos: del Sindicato, de sus pueblos, del final de Mercè, de Siset, de los padres de ambos. De todo. Como si hiciera mucho tiempo que estuvieran esperando aquella ocasión única.

Se había hecho tarde, pero se sentían bien. Se soltaron, hablando sin prejuicios, de una manera distendida, destapando intimidades profundas. Estaban tan a gusto que no podían notar el paso del tiempo. Fueron a la sala de estar para ver unas fotografías donde estaban ambos; de pequeños. Se sentaron en el sofá, uno al lado del otro. Elvira abrió el álbum. Llevaba una camiseta negra, con un generoso escote, y una falda corta y ceñida

que mostraba todo el esplendor de su cuerpo provocativo, que no deseaba disimular. Silverio se sentía poderosamente atraído por aquella mujer, después de tanto tiempo de abstinencia. Le pasó el brazo por la espalda. Elvira inició una sonrisa cómplice, de niña mala, al tiempo que le surgía un punto de luz en la pupila de aquellos ojitos oscuros y cautivadores. Y un temblor contenido le empezó a subir de debajo del vientre hasta inundar todo su cuerpo. Deseaba ser seducida. Dejó el álbum sobre el sofá. Se miraron fijamente. Y los labios de ambos se encontraron en un beso infinito. Se besaron intensamente. Se dejaron llevar por el deseo mutuo. Apenas cabían las palabras. Los labios de Silverio se perdían entre los pechos desnudos de aquel cuerpo espléndido, mientras ella, con los pezones encendidos, sentada en el sofá, le cogía la cabeza para dirigir allí donde más le gustaba. Se desnudaron el uno al otro, sin prisas. Tenían toda una noche para ellos solos, para poder satisfacer aquel delirio de pasión y libertad que los invadía.

Sobre la cama de dormitorio, se bañaron en un océano de caricias. Todo el cuerpo desnudo de Elvira fue rastreado por los labios carnosos y ardientes de su amante que, con manos dóciles, le buscaba, en la entrepierna, aquello que, a ella, lo encendía. Loca de satisfacción, se subió sobre el cuerpo receptivo de Silverio. Unos cuantos balanceos de aquel cuerpo exultante fueron suficientes para que, junto con unos gemidos aterradores y un fuerte temblor, aquel placer inmensurable le hiciera perder el

mundo de vista. Y Silverio, durante aquellos últimos movimientos, a rebosar de sexo, también, quedó completamente extasiado. Habiendo probado el maná que Elvira le volvió a dar.

Los primeros rayos de sol que se filtraban por las rendijas del ventanal los sorprendieron en la cama, cogidos como adolescentes enamorados, relajados y con el descubrimiento de unos cuerpos, la noche anterior, desconocidos. Silverio estaba, en su casa, en la cama con una mujer, diferente de la que tanto había amado. Se sentía liberado de la larga melancolía que, desde el día que conoció la enfermedad de Mercè, le había oprimido por dentro sin dejarlo vivir.

PARTE CUARTA

CAPÍTULO 18

REENCUENTRO

Elvira se había pasado toda la tarde en la cocina. Era una buena cocinera. Había preparado una cena especial para la ocasión: sopa de cebolla, un platillo de conejo con caracoles y, de postre, un pastel de manzana. Silverio había desempolvado una botella de buen vino, de una añada en que el capricho de la fermentación le dio una punta de gas, y que guardaba para las ocasiones singulares. Después de tanto tiempo, Enric Pujades volvía a Castell y los dos amigos se volverían a reencontrar. El telegrama, escueto, fue bastante comprensible: «Vengo el viernes. Llegaré a Castell en el autobús de la tarde. Enric Pujades».

El autocar de línea que llegaba a Castelltort procedente de Barcelona los viernes a última hora casi siempre lo hacía con retraso. Aquella negra noche de octubre, para no ser menos, también. Iba casi vacío. Silverio esperaba de pie ante las vidrieras del café, al otro lado de la plaza de donde el autocar tenía la parada. Parecía intranquilo, no tanto por el retraso de la espera como por los nervios que le producía la idea del

reencuentro. A solas, en medio de aquel lugar de tantos recuerdos, enviaba, desbocados, los pensamientos atrás en el tiempo.

Un particular viajero bajó del autocar. Agarraba una anticuada maleta de cartón. La tristeza, en la cara. Silverio le observó con atención para intentar reconocer en aquella estampa su amigo de toda la vida. Era un hombre no muy alto, delgadísimo, encorvado de hombros y de movimientos lentos. Los dos amigos atravesaron la explanada analizándose mutuamente. No se conocieron hasta descubrir la fisonomía de sus caras envejecidas. En el centro de la plaza, se fundieron en un abrazo mudo y profundo, sin poder evitar las lágrimas. A veces, los hombres lloran de pena; a veces, de felicidad. Sin embargo, ellos no sabían por cuál de esas dos razones lo hacían; posiblemente, por ambas a la vez. Los parecidos no habían cambiado, a pesar del paso del tiempo; los cuerpos, sí.

—¿Cómo te encuentras? —inició Silverio.

—Ya lo ves; bien. Estoy aquí. —contestó Enric con voz quebrada.

—¡Vamos! —dijo Silverio— te presentaré a Elvira. Ya sabes que me he vuelto a casar. ¿Recuerdas que te lo he contado en mis cartas?

—¡Claro que sí, señor alcalde! —replicó, medio en broma.

Silverio le cogió la maleta, le puso la mano en el hombro y se empezaron a perder calle Mayor abajo.

Elvira y su marido habían decidido que aquellos

primeros días, fuera de presidio, Enric los pasaría en su casa. Le tenían una habitación preparada. Más tarde, podría alquilar una casa de las muchas que se encontraban vacías en el pueblo. La podría ir pagando con el sueldo de un trabajito para el ayuntamiento que el alcalde le tenía guardado.

Enric no se casó nunca. En la costa, conoció a Monique, una francesita de Lyon, la mujer de un capitán de barco, a quien su marido dejaba largas temporadas sola, en un caserón rodeado de un gran jardín verde, muy cuidado, lleno de pinos, y con una magnífica perspectiva sobre un mar huraño. Aquella mujer encontró, en la fogosidad de Enric, lo que le faltaba durante las ausencias del marinero. Al pasar el tiempo, aquella situación se llegó a hacer normal, incluso, con el conocimiento del marido. A temporadas, Enric hacía de camarero en cualquiera de los antros nocturnos de la zona y era habitual que pasara largos períodos en la casa de la francesa. La sabía satisfacer plenamente. Era un hombre de carácter débil, fácil de manipular y, en el ambiente en que se movía, poco a poco, se encontró enredado en asuntos de contrabando. Una negra noche de septiembre, en una cala cerrada, mientras, junto con cuatro hombres, descargaba un importante cargamento de tabaco rubio desde dentro de una lancha, se inició una reyerta mortal con los carabineros. En el juicio, Enric Pujades fue sentenciado a treinta años de presidio. Por homicidio y contrabando.

Se habían sentado alrededor de la mesa del comedor

para degustar aquella cena preparada con tanta delicadeza. La tarde era fría. El fuego del hogar petaba de contento, como si quisiera unirse a la celebración. Para Silverio, aquel expresidiario era como un hermano, el que nunca había tenido. El hermano pródigo que volvía casa.

–He hecho muchas tonterías en esta vida –suspiró Enric.

–Ahora, ya no tienes que pensar en ello. Tienes que vivir tranquilo. Elvira y yo estamos muy contentos de tenerte aquí. Queremos que te vuelvas a encontrar bien en tu pueblo; el pueblo que nos ha visto crecer. ¿Te acuerdas de todo lo que teníamos que hacer por nuestro pueblo? Aún estamos a tiempo.

–De esto hace mucho tiempo y las cosas han cambiado, Silvi. Yo he fracasado en todo lo que he hecho. En cambio, tú has llegado a lo más alto. Eres feliz, otra vez, con Elvira. Tienes un chico con carrera. Tienes todo lo que puedes pedir. A mí, la vida me ha dado la espalda. Tengo cincuenta y cinco años, las manos vacías y ningún aliciente para vivir.

–Exageras.

–No, Silvi; no. Ya sé que quieres ayudarme y también sé que desde que me fui de tu lado, de estar bajo tu protección, este mundo cruel me ha destrozado. Quería ser como tú, pero yo no estaba preparado para enfrentarme a las trampas que la vida me iba poniendo. Quería comerme el mundo, pero el mundo se me tragó a mí. Dentro de aquel agujero, he tenido muchos momentos para cavilar y tengo muy claro que no puedo estar de

nuevo bajo tu manto protector.

–Entonces, ¿qué piensas hacer?

–No lo sé. Pero no quiero que os preocupéis más por mí. Pienso que tengo maneras de sobrevivir.

–¿Fuera de la ley?

–No, te aseguro que no vale la pena.

Sobre la conversación, Elvira había servido un café que nadie como ella sabía preparar. Su aroma había impregnado todo el comedor y mientras tanto, cuando las brasas del fuego ya se habían amortiguado, el silencio fue ganando espacio a las palabras.

Esa noche, Enric descansó plácidamente. Como hacía tiempo no lo había conseguido. No fue hasta el lunes a primera hora que el mismo coche de línea que le había traído a Castell se lo llevó, la misma maleta en la mano, hacia algún lugar desconocido.

Y como cualquier otra mañana, cuando Silverio dejó la parada del autobús, después de la despedida, en la plaza, no quedó nadie. Tan sólo, las campanas de la torre cuadrada que, con una rasposa voz de metal, iniciaban, como autómatas, la emisión de un inadvertido toque.

CAPÍTULO 19

GERANIOS ROJOS

En el número ocho de la calle del Padró, durante los fines de semana, había gente foránea; un matrimonio, Manel y Montse, de mediana edad, con un chico de pelo negro y mirada penetrante.

La casa había quedado vacía después de la guerra aunque uno de los vecinos la había ocupado y mantenido como almacén de trastos viejos.

Aquella familia, recién llegada, la estaba arreglando, de la misma forma como se empezaba a hacer con otras casas de Castell. Antes de instalarse, Manel había ido varias veces a hablar con el alcalde. En el pueblo, los mayores se preguntaban cómo se había podido ocupar aquella casa maldita para muchos. Pero, de aquellas visitas, el alcalde sólo había hablado con Elvira.

Silverio no pudo borrar nunca aquella imagen de infancia, de aquella triste tarde de verano, de aquellos cinco hombres armados que subían a cara descubierta por su calle. Lo que Manel, después de tanto tiempo, le volvía a hacer vivir. Recordaba la cara de ojos brillantes, bigote negro y recortado de uno de aquellos hombres: Tonet

Savalls. Un hombre alto, de mirada hostil, con gorra de marinero que vivía en la casa de los geranios, subiendo al Padró, que los domingos hacía funcionar la máquina del cine. Recordaba el recorte de cinta de película que un día le había dado mientras hablaba con su padre a la salida del cine: una diligencia tirada por muchos caballos a galope y repetida más de diez veces. Recordaba no haber visto nunca más aquel hombre después de aquella triste tarde. Y, recordaba el color intenso de los geranios rojos que habían colgado de las ventanas de aquella casa, hasta hacía poco deshabitada.

Había hecho llamar la Octavi Sardó al Ayuntamiento. Tavi era el farmacéutico, como lo había sido su padre. La relación entre el uno y el otro no era notable: sólo la que correspondía a un tendero y su cliente. En aquella conversación, por el contrario, Silverio era el alcalde y el boticario, sentado frente a él, encorbatado como siempre, hacía de administrado.

–Tavi –dijo el alcalde pausadamente–, la hija y el yerno de Tonet volverán a casa; a la casa del Padró. Te he llamado porque quiero que lo sepas.

El boticario quedó atónito. Al cabo de tanto tiempo, no podía esperar algo así. Estuvo un buen rato sin saber qué decir mientras su cara iba cogiendo una expresión airada.

–¡Aquel hijo de puta! No es justo, Fábregas. ¡No es justo! –al fin gritó, moviendo la cabeza de un lado al otro.

–Hace mucho tiempo de aquello y no vale la pena recordarlo. Eran tiempos muy diferentes –explicó el

alcalde, como si tuviera que disculparse de algo—. El yerno de Tonet me ha venido a ver. Le he dado garantías de que no debe haber ningún problema para poder ocupar su propia casa –continuó diciendo.

Las buenas formas y las explicaciones del alcalde, siempre reconciliador, no terminaron para tranquilizar al boticario. Silverio, que no se esperaba aquella reacción, a partir de ese momento, pensó que el asunto no le había llevado de la manera más adecuada.

CAPÍTULO 20

FIESTA DE INVIERNO

El cielo de aquella tarde de sábado festivo presagiaba tormenta.

En la plaza de la Vila, entre una gran jarana, los niños jugaban a romper ollas. De cara a la pared, un reducido grupo de mujeres, todas de cabello blanco, hacían encaje de bolillos. Un grupo de muchachas salía de un chiringuito de golosinas con cucuruchos de chufas en las manos. Otras pellizcaban nubes de azúcar. Más abajo, algunos chicos, montados en bicicleta, pasaban y volvían a pasar por debajo de una sarta de cintas de colores; se esforzaban en arrancarlas haciendo pasar un palo de madera por las anillas que colgaban de ellas, como antiguos caballeros medievales en busca del trofeo. En el centro de la plaza, una gran cucaña vertical, lisa, embadurnada de jabón, con un pollo vivo ligado al extremo superior esperaba la hora en que los mocetones debían empezar a treparlo. Fiesta de invierno en Castelltort.

Habían pasado pocos días desde la entrevista del boticario y el alcalde.

Montse y su marido entraban en el Casino por primera vez desde que habían llegado a Castell. Las mesas estaban llenas y tuvieron que atravesar todo el local para llegar a la barra del bar y poder pedir alguna bebida. A medio camino, Tavi estaba sentado en una mesa donde se jugaba al dominó. Al verlos entrar, su cara fue mostrando un malestar creciente hasta que, al fijar la mirada en los ojos de aquella mujer alta y morena, descubrió la fisonomía desconocida del asesino de su padre. Al llegar al mostrador, la pareja vio como aquel hombre enloquecido, fuera de sí, se levantó de un salto y, con el índice que los señalaba, los increpó gritando.

–Vosotros no puede estar aquí, ¡asesinos!

En un momento la algarabía del local se desvaneció. En medio de un casi silencio y con la vista puesta en la mujer que parecía conocer de siempre, Tavi volvió a gritar.

–Si no dejas este pueblo te mataré; como tu padre mató al mío: ¡a perdigonazos!

La mayor parte de la gente no podía entender lo que pasaba. Claudio Gafas –el secretario del ayuntamiento–, que era al otro lado del local, se sintió con la obligación de actuar. Se acercó, discreto, hacia Manel.

–Es mejor que salgan –le dijo al oído.

Y, sin haber dicho una sola palabra, el matrimonio salió del café evitando pasar cerca de aquel hombre enfurecido. Montse Savalls, con los ojos llenos de lágrimas.

Entonces, en la plaza, los chiquillos hacían carreras

de sacos. Las mujeres de cabellos blancos continuaban repartiendo bolillos sobre las puntas de los cojines verdes. Las bicicletas ya no estaban. El poste aplomado de la cucaña aún esperaba. De repente, el cielo se había ennegrecido i empezó a descargar una granizada seca. Los goterones de hielo se rompían sobre el asfalto con un repicar estrepitoso y la gente empezó a aclarar la plaza dispersándose por las calles en busca del refugio de sus casas. Un refugio que Manel y Montse no pudieron encontrar a partir de aquel día.

Y la casa del número ocho de la calle del Padró volvió a quedar desocupada; pronto, un cartelito anunció su venta.

Mediante un intermediario, y a buen precio, el farmacéutico se la hizo suya.

De la familia de Tonet, en Castell, nunca más se supo.

PARTE QUINTA

CAPÍTULO 21

UNA GOLONDRINA TARDÍA

En la pequeña bahía de aquel pueblecito marinero, la tarde se apagaba. Las gaviotas ya no volteaban tras las barcas. Las pequeñas embarcaciones permanecían en reposo sobre el balanceo de las olas, amarradas a los noráis del pequeño muelle de madera. Sentado en la popa de un bote lejano, un viejo con gorra de pescador había calado un par de palangres. Sobre la barca, mientras los vigilaba, cebaba el tercero. En el lado opuesto de la playa, unos muchachos se divertían, sobre la arena, con el juego del rompepiernas. Por levante, una golondrina tardía empezaba a embocar la bahía. Era una barcaza, de aquellas de dos pisos que, por mar, pasean turistas de playuela en playuela. Aquel pueblo era su próximo destino y la llegada, la tenía prevista a pocos metros del lugar de la arena donde estaba sentado Silverio.

Cuando se dio cuenta de que la barca se dirigía directamente hacia él, Silverio despertó del sueño que le había retenido dentro de aquel paisaje; y se dio cuenta de la luna. Una luna redonda y del color del fuego que se había levantado detrás de la línea del horizonte y teñía el

azul pálido del mar con una gran mancha de sangre que se extendía al paso de la barcaza. Era aquel rato apacible del día en que, junto al mar en calma, uno no es capaz de distinguir entre el día y la noche.

Enseguida pensó en su mujer que, intranquila, lo debía estar esperando en casa. Y se angustió por el retraso que él mismo había provocado.

Se levantó para reanudar el viaje de vuelta y, mientras, con los pies todavía desnudos, atravesaba lentamente la arena de la playa, sintió como los pasajeros iban bajando de la golondrina, tras de sí. No osó girarse.

De repente, un chiquillo se puso a correr siguiendo sus pasos.

—*¡Monsieur! ¡Monsieur!* —lo llamó.

Al oírlo, Silverio se detuvo, justo en el momento que el chico llegaba a su altura.

Era un niño rubio. No tendría más de seis años. Por la forma de vestir, se veía a la legua que era extranjero.

—*¡Monsieur!* —exclamó haciendo gestos—. *Grand-papi veut vous saluer.*

Silverio no le entendía de nada. Así que el niño, con el brazo y el dedo índice alargados, señaló hacia el lugar donde estaban las personas que le acompañaban.

Finalmente Silverio se volvió. Y, cuando vio la pareja que había bajado de la barcaza, el corazón se le puso a latir tan fuerte y rápido que los sofocos le subieron por todo el cuerpo; no encontraba aire para respirar.

Entre el grupito de turistas que había bajado de la barca había dos personas de edad avanzada que lo

miraban inmóviles. Parecía imposible, pero era cierto: Enric Pujades, su amigo de siempre, estaba allí, estático, pisando la arena fina de aquella playa. Una vestimenta ágil y clara le disimulaba el tronco delgado y curvado. El cabello despeinado, como siempre, pero blanco como la nieve. Como si se tratara de la aparición de un espíritu. Habían pasado más de siete años del día en que salió de presidio. Aunque desde entonces no había sabido nada de él, lo reconoció al instante.

A su lado había una mujer, poco más joven. Con unos cabellos largos y suaves, teñidos con el color de la canela y recogido en un moño elegante que, a esa hora de la tarde, ya había permitido la caída sutil de alguno de los más rebeldes. Los ojos, del azul del mar; la mirada, quebradiza. Iba vestida de largo, con una túnica ligera, chispeada de flores, pequeñas, casi imperceptibles. A pesar de la edad, su belleza sorprendía. Por primera vez, Silverio sintió envidia de su amigo.

Mientras el grupito de turistas se deshizo sobre la playa, la pareja se acercó hacia Silverio. Los dos hombres se estrecharon la mano con fuerza, mirándose a los ojos. Con el otro brazo, Enric inició un abrazo al que Silvi respondió, sincero. Se abrazaron fuertemente. Callados. Y cuando, por fin, se deshicieron, el primero en decir algo fue Enric.

—¡Monique! —anunció, girando la cabeza hacia su acompañante.

Silverio sintió una alegría interior inmensa. Y el corazón se le fue apaciguando. Y pensó que le hubiera

gustado vivir esa situación treinta o cuarenta años antes.

–Mucho gusto –dijo a la mujer, tendiéndole la mano, de una forma educada.

Después volvió a dirigirse a Enric:

–¡El Dios que te parió! ¿Qué haces aquí?

–¿Y tú? ¿Qué haces, perdido por estos barrios? –le replicó Enrique.

La conversación continuó fluida mientras se dirigían hacia el paseo. Sobre la arena, la pareja caminaba cogida del brazo; Silverio, los zapatos en la mano; y el pequeño, de la mano de su abuela, Monique. Palabra a palabra, se fue deshaciendo el ovillo de aquel encuentro inesperado.

Al llegar al paseo, Silverio se sacudió la arena de los pies y se calzó. Y pudo observar como la luna llena se había ido rompiendo tras los pinos del promontorio, sin la rojez de antes, y como la primera estrella de la noche ya brillaba con fuerza.

Una oscuridad colmada de un ligero frescor comenzaba a invadir la noche.

Decidieron ir a tomar una bebida en cualquiera de las muchas terrazas del paseo que, a esa hora de la tarde, ya estaban llenas de gente: la excusa para poder continuar la charla. Después de cubrirse con la chaqueta, que había dejado en el coche, Silverio telefoneó a Elvira desde la cafetería; quedó más tranquilo. Sentados en la terraza, las palabras pausadas de Monique le fueron descubriendo la trama de la vida de Enric. Mientras su amigo enmudecía. Se dio cuenta de que la ternura de aquella mujer espléndida había hecho de Enric un hombre afortunado y

que, fácilmente, lo podría seguir siendo hasta el final de su crepúsculo. Que, por fin, había encontrado la chispa de felicidad que el destino le había hurtado durante cada uno de los días de su existencia.

Desde la prisión, Enrique se había carteadado con Monique. Siete meses después de que lo hicieran preso, ella había parido un hijo; ni el marinero –su marido–, ni Enric –su amante–, le cuestionaron nunca la paternidad del niño. El muchacho creció en el seno de aquella familia francesa de buena condición, en Lyon. Una buena parte de año y cuando los estudios del hijo lo permitían, pasaban largas temporadas en el caserón de la costa catalana; precisamente, en las afueras de aquel pueblecito, en que la última golondrina del día se acababa de despedir y donde, ese mismo día, la máxima autoridad de San Juan de Castellort había tenido una comida de trabajo.

Una de las veces que el capitán salió de viaje como hacía habitualmente, por una larga temporada, no volvió a aparecer más por su casa. Monique no hizo nada para saber de su paradero. Cuando Enric salió de presidio, después de pasar por Castellort, fue al encuentro de aquella mujer. Una mujer que había sentido, por él, algo más que una simple atracción carnal: la mujer a la que él, también, había amado. Y era consciente de que aquel niño rubio, que un helado de los grandes embadurnaba su cara de chocolate y vainilla, también llevaba su sangre. Ciertamente, volvía a amar; más de lo que nunca había pensado que podría volver a hacer. Tanto, o más, de lo que había amado a su hermana Carmen, aquella niña de

rizos negros, que pronto perdió por el camino de espinas que había sido su existencia. Como había perdido tantas otras cosas.

Enrique dejó que Monique hablara. Lo hacía con una delicadeza embelesadora; con un habla refinada, afrancesada. Conocía, palmo a palmo, todos los rincones de la vida de su, aún entonces, amante: su infancia, la amistad con Silverio, la cárcel. Habló largamente. El callaba, pero consentía; como si, por boca de ella, fuera vaciando del buche todo lo que su propio orgullo había retenido.

Poco antes del punto de medianoche, la desazón del chiquillo aconsejó dejar para otro día la reanudación del reencuentro.

—Por qué no venís a pasar el domingo en casa? —le invitó Monique.

—Puede... —contestó Silverio. Y, después de un silencio reflexivo, continuó—. Salvo que Elvira tenga algún quehacer, podéis contar en ello.

La vuelta era larga y, para Silverio, empezaba a hacerse costosa. No obstante, entre pensamiento y pensamiento, el viaje se le hizo corto.

Entonces, la luna ya era muy alta y las estrellas brillaban con firmeza. Al llegar a la carretera del valle que le llevaba a casa, los almendros le pasaban por el lado, veloces. Y, al doblar la última curva, Castell, bajo la luna blanca, se le apareció bañado de plata. Y, solo, lloró.

CAPÍTULO 22

UN «CREMAT» DE RON

El domingo siguiente, a media mañana, Silverio y su mujer, en su utilitario blanco, llegaron a Villa Blanca. Era así como un rótulo de terracota, empotrado en uno de los dos pilares del portal del jardín, anunciaba el caserón de Monique.

Se detuvieron frente a la reja e hicieron sonar el timbre. Enric salió al instante, abrió el portal y les hizo pasar hacia el interior del jardín. Detrás de él, apareció Monique. Salía de la casa retocándose la melena que se rebelaba a causa de una ligera tramontana. Se saludaron. Por iniciativa de Monique, las dos mujeres se besaron dos veces en cada mejilla, a la francesa.

El jardín, bajo unos pinos altos, espaciados y de buena cepa, rodeaba vastamente todo el edificio. A excepción de una pequeña explanada de tierra de la parte delantera –donde se aparcaban los coches– todo era ocupado por la verdor de un césped, denso y grueso, que desprendía el aroma intenso de la hierba recién cortada. Toda la propiedad estaba cerrada por un murete bajo, de piedra; cada tres o cuatro metros incorporaba pilastras que

servían de contrafuerte. En medio del jardín, había una gran mesa redonda y seis sillas menorquinas de color blanco; en un rincón, una pila de terracota con un grifo de bronce y, a su lado, la amarillez de una manguera de riego, gruesa, que, como una serpiente, se retorció sobre el verde del césped. Al fondo, se descubría el esplendor del paisaje rocoso de la costa. Una pequeña puerta daba acceso a un sendero escarpado y sinuoso que descendía a las rocas más planas, junto al agua.

El edificio correspondía al de una masía que se había recuperado para hacerla habitable: la casa principal de los antiguos propietarios de toda la extensión de tierra de aquella urbanización tramada sobre un cerro cubierto de pinos. Era una casa de dos plantas, toda de piedra. Tenía un tronco central más alto, con un tejado de dos vertientes; y dos cuerpos laterales de planta baja. La fachada principal era presidida por un amplio portal redondo, con grandes dovelas en la vuelta; una buganvilla en flor recortaba su rojez lilosa; las ventanas eran minúsculas y, en lo alto, aún se distinguían los números romanos de un antiguo reloj de sol, cuadrado. La puerta era de madera, de dos hojas, con varias hileras de remaches horizontales; en la de la derecha, una portilla, de donde colgaba un picaporte de hierro forjado en forma de mano, daba paso al recibidor.

Más que un recibidor, era una gran sala de estar. Tenía un pavimento de adobes y el techo alto, con vigas de madera. Totalmente enyesado de blanco. Frente, se elevaba una escalera; a la derecha estaba la cocina –de

donde provenía el buen aroma de un guiso de pescado— y al otro lado una sala que hacía de comedor; de allí se pasaba a la parte trasera del jardín. Tres sofás con telas vivas, de diferentes colores, rodeaban una chimenea, grandiosa. Cuando se hubieran sentado, Monique les trajo refrescos y un picoteo abundante. Lo dejó sobre el vidrio opaco de una mesa baja hecha con cañas de bambú. De un cuenco vaporeaban unos mejillones de roca que desprendían una fuerte bocanada de mar. Sobre la chimenea, había elefantes; elefantes pequeños, de todo tipo: de madera negra, de cristal de Murano, de marfil, de porcelana de Limoges, de bronce; Monique tenía locura por los elefantes. En el interior de la chimenea, apagada, un perol de cobre sobre un trípode, unas tenazas y una tostadora, apoyada en la pared, sólo servían de ornamento.

Enseguida, Monique y Elvira congeniaron. Ambas tenían una extraña inteligencia que enseguida se descubrieron la una a la otra. Elvira vio en Monique una mujer de mundo, liberada, culta, perspicaz, segura de sí misma, de convicciones claras, de movimientos ligeros y majestuosos. Como el vuelo de un alcazaz en busca del pescado antes de lanzarse en picado. Por su parte, Monique encontró, en la expresión diáfana y jovial de Elvira, una mujer sincera, impulsiva, de corazón abierto, con una ágil agudeza mental. De aquellas que saben lo que piensas con sólo mirarla a los ojos.

Mientras se tomaban el aperitivo, la conversación se inició alrededor de circunstancias banales. Monique —con

su catalán impreciso— habló de las ventajas y los inconvenientes de tener una casa al lado de la costa, del césped del jardín, del borrajo, de la tramontana... Enric disertó sobre los frutos que extraía del mar, debajo mismo de su casa; de las virtudes culinarias de los mejillones de roca; de una espléndida sopa de marisco que cocinaba su compañera; del buen paladar de los erizos en invierno. Elvira se interesó por alguno de los objetos que decoraban la casa, por la procedencia de cada uno de los elefantes, por el paisaje fluvial de una acuarela. Silverio, con la verbosidad cómoda que da el trabajo de político, acabó hablando de su pueblo.

—Yo también tengo pasión por el mar —empezó—. Desde que era un chiquillo... Recuerdo las primeras veces que lo disfrutamos. Tú también te has de acordar, Enric. Nos llevaba mi padre, con el carro del abuelo. Eran unos viajes largos. Cocíamos el arroz a la cazuela bajo un toldo agarrado a la barandilla del carro que nos protegía del sol; con cangrejos, de aquellos tan negros y peludos, y lapas que nosotros mismos arrancábamos de las rocas; con mejillones como estos que ahora comemos. ¿Te acuerdas? Había muchos mejillones, antes de que llegaran los primeros turistas. Y, en la playa, aún había pinos, de todos los tamaños, llenos de cigarras que cantaban sin parar. En ese lugar, ahora hay tiendas, apartamentos, hoteles...; un desastre. La costa, la playa, el mar... me fascinan. Debe ser porque soy de secano. Y, mira por donde, en la costa nos hemos tenido que reencontrar. Porque, tú, Enric, ¿piensas en volver a visitar Castell? ¿Tu pueblo? ¿Tus

amigos?

Enric, enseguida vio la intención de su amigo. Pensó la respuesta. Se negaba a recordar tiempos pasados, tan duros para él. Era un toque cargado de intención. No quería entrar en ese juego. Cuando salió de la cárcel quiso agradecer a Silverio todo lo que había hecho por él; antes, durante y después de presidio. Fue la única persona que se había preocupado de él. No tenía nada en la vida. Sólo la amistad de su amigo Silverio, y las cartas de Monique. Pero, en aquellos días pasados, aún no sabía que había tenido un hijo de aquella mujer de Lyon a quien recordaba amorosamente. Por todo ello, la visita que hizo a su amigo al salir de prisión y los recuerdos de las experiencias vividas en el pueblo que le vio nacer, a veces, le rondaban por la cabeza y no tenía ganas de volver a evocarlos. La huida de Castelltort, la tenía premeditada mucho antes de poner los pies por última vez.

—Mira, Silvi —dijo con una voz íntima y trascendente—. No tengo ganas de volver a Castell. Los recuerdos que me quedan de todos los días de infancia son muy borrosos. Pero hay dos que no los olvidaré: los ojos de miedo de mi hermana, cadáver, mirando al cielo como pidiéndome alguna cosa; y los gritos de satisfacción de mi madre follando en el cobertizo con aquel soldado de cara pecosa. Nuestro gran secreto. Mi gran miseria. Sabes..., cuando a veces había ido de putas, desde encima del cuerpo desnudo de cualquiera de aquellas mujeres, parecía ver los ojos satisfechos de mi madre, ¡aquella risa! Salía de sobre de aquellos cuerpos avergonzado, temeroso.

Reflexivo, se detuvo un instante.

—¿Quieres que te descubra otro de secreto, Silvi? —

continuó.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Silverio con extrañeza.

–Pues, sí –dijo–. Un secreto que sólo yo conozco. Mi gran secreto. Ni siquiera en el juicio me traicioné.

Las lágrimas le empezaron a humedecer los ojos.

Los tres, quedaron sorprendidos. Le escuchaban atentamente, en una atmósfera saturada de pasado, sin atreverse a decir nada.

–Aquella maldita noche –siguió diciendo–, en la oscuridad de la cala... ¿Pensáis que maté a un hombre por cuatro cartones de tabaco? No. Pues, no. Lo maté porque reconocí la cara de mazorca de aquel nacional vestido de guardia civil. El maté como revancha. Para vengarme de mi pasado. Para liberar mi madre de su infidelidad. Como desagravio de mi padre; ¡pobre hombre! En fin, porque se le debía a Carmen.

Tenía el rostro rojo; la cabeza balanceándose. Le empezó un llanto gemebundo y, bajando la cabeza, se tapó los ojos con las dos manos para esconder los lagrimones que le caían. Los que, desde la muerte de su hermana, llevaba prisioneros dentro del corazón.

Monique se le acercó y le puso la mano sobre la nuca, acariciándole suavemente el cabello blanco.

–Llora, si has de llorar, *mon amour*. Te irá bien –lo consoló.

El llanto se fue diluyendo hasta llegar al silencio. Un silencio tan absoluto que daba miedo. Se sacó el pañuelo de cuadros azules del bolsillo y se frotó los ojos. Se

repuso poco a poco. Sin que nadie hubiera vuelto decir palabra.

—Ya sabéis mi secreto —añadió finalmente—. Hablemos de otra cosa. Hablemos del mar. De la tramontana, que todo lo cura.

Durante la comida, Enric fue un hombre cambiado. Charló por los cuatro. Se había quitado de encima una carga que le oprimía hasta el ahogo.

La comida duró una eternidad. De postre, no faltaron las lionesas. Después, hubo cafés, licores y cigarrillos. Finalmente, Enric encendió un «cremat» de ron. Los cuatro se sintieron envueltos por aquella emanación cálida que llenaba la estancia, mezcla vaporosa del espíritu del licor y del humo de los cigarros, del aroma del café y del perfume de la canela. Intensamente unidos en aquel decorado cautivador, alrededor del flamear del licor al desprenderse del alcohol. Fue como una ceremonia expiatoria en que se evaporaban todas las pesadillas, todos los temores cautivos en el alma, todas las penas. Unidos, como nunca habían estado aquellos dos hombres maduros en una infancia lejana, desdibujada a través de los vapores de aquel aguardiente de caña.

A partir de ese día, el carácter de Enric empezó a cambiar; se quitó la tristeza de la cara. Había recuperado parte del aliento perdido. Pero, eso sí, nunca más volvió a pisar las calles de Castelltort.

Después de comer, fueron al jardín. La tramontana silbaba. La claridad de la tarde era absoluta. El azul del cielo, nítida. Rizada, la mar. Los pinos bailaban.

CAPÍTULO 23

REVANCHA

Desde entonces, las visitas de Silverio y Elvira a Villa Blanca menudearon. Durante aquel verano pasaron largas sobremesas de domingo juntos. Los cuatro. Jugando a las cartas en la mesa blanca del jardín. Durante el invierno, aunque más espaciadas, los encuentros continuaron produciéndose de manera frecuente.

A Enric, la vida le había maltratado. También físicamente. Poco a poco se había convertido en un hombre migrado y jorobado, delicado de salud, de movimientos lentísimos, trémulos; muy afectado por el frío y las enfermedades acumuladas durante los años de prisión. Un hombre al que Monique guardaba en una campana de cristal. Era un sufrimiento cada vez que lo veía mejillonear sobre las rocas; cada vez que subía la escalera para podar la buganvilla; cada vez que, solo, tenía que coger el coche. Se habían acabado aquellos impulsos vitales de juventud que tanto la habían hecho vibrar. En cambio, en ella, el paso del tiempo le había dado un aire de serenidad, de esplendor, de plenitud. La plenitud de una madurez insaciable, de una voluptuosidad

contenida, del deseo insatisfecho.

En cuanto a Silverio y Elvira, la pareja vivía una existencia rutinaria; con el prestigio que otorgaba el cargo de alcalde pero sin más aliciente que lo que les podía dar la monotonía de la panadería. Los años y el aburrimiento se habían encargado de enfriar la relación de pareja; los contactos carnales escaseaban; la comunicación, la justa. Sin embargo, hacia fuera, las apariencias engañaban a todos. Para Silverio, aquella nueva compañía –la del amigo de toda la vida recién recuperado y, sobre todo, la de Monique con la envoltura de su sabiduría, su refinamiento, su habla melosa, su saber estar– se había convertido en una válvula de escape. Para él, aquellas visitas, aquellas charlas largas, aquellas muestras de entendimiento eran una dulzura nueva. Como un viento marino fresco en medio del vacío tórrido y seco de tierra adentro. Cada día que pasaba, Silverio estaba más colgado de Monique. Y Elvira, que era capaz de interpretar cada gesto, cada movimiento, cada palabra de su marido, lo sabía. Y callaba su pena.

Fue el verano siguiente.

Un domingo en que Silverio, de buena mañana, había ido a marisquear con su amigo. Después de comer, Enric tuvo un fuerte ataque de aquella enfermedad trémula. Enseguida, lo llevaron al hospital. Tuvo que quedar ingresado. Y fue así como, a media noche, Silverio y Monique volvían a estar en Villa Blanca, solos.

Silverio quiso observar el cielo de aquella noche clara. Atravesó el jardín y se acercó al acantilado del

jardín. En el horizonte lejano, se veían dos lunas. Dos lunas idénticas, redondas, grandes, blancas, brillantes. Una se balanceaba sobre la negrura del agua; la otra, inmóvil sobre la nitidez de la bóveda estrellada. Una, Elvira: movediza, inquieta, escurridiza; la otra, Monique: reposada, vigilante, deslumbrante. Más arriba había Venus; más allá, Orión; el carro gordo; el carro pequeño; la estrella polar: el norte.

Mientras recorría el firmamento, las imágenes de las mujeres de su vida viajaban en su pensamiento: el moreno puro del rostro de su primera ninfa bajo el resplandor de las estrellas; la cara de porcelana de Mercè enviándole una sonrisa desde una esquina de la pista de baile del Casino, dándole el último adiós en su cama de agonía; la agudeza de la cara de Elvira, seria, reprochándole su actitud; la serenidad de la mirada cristalina, sensual, de aquella mujer surgida, por arte de encantamiento, del mar azul, embelesadora.

Pasaron la noche juntos. Y satisficieron aquel deseo maduro.

Y lo volvieron a satisfacer, otras veces, otros días.

Y se empezaron a amar en silencio, a escondidas.

Hasta que Enric los descubrió.

Era el día en que, después de un mes de hospital, volvía a estar en casa. Tenía que hacer reposo, prolongado. Aquel día, Silverio lo pasó en Villa Blanca. Al atardecer, mientras una luna inmensa empalidecía el día lánguidamente, el enfermo se levantó tembloroso de la cama para contemplar el último escalofrío de su vida. Lo

que escuchaba, que intuía, que lo aterrorizaba, no podía ser real. Era la traición despiadada de su amigo y de la mujer amada. Un puñal que le atravesaba el corazón. Que le partía el alma.

La invadía una sensación de angustia insostenible, de encontrarse solo en un mundo hostil. El vacío lo absorbía; como un torbellino de aire que la arrastraba fuera de este mundo traidor.

El cuerpo de Enric se sostenía en pie, rígido, sobre una silla del comedor; como si por un instante se hubieran parado los temblores enfermizos. Tenía los ojos llameantes, salidos, más grandes de lo que nunca habían estado. La blancura de los cabellos, alborotada por el paso de la doble sogá del hilo de acero de pescar que le apretaba el cuello. Las piernas tensas, dentro de un pijama mojado. Toda la amargura contenida, a punto de liberar.

La silla cayó y un golpe seco, desencajado, dejó el cuerpo convulsivo de Enric desplomado bajo la barandilla de la escalera.

Fue su revancha.